

A manera de presentación

Habiendo tenido la suerte de tener acceso a esta -a todas luces- interesante obra, muy escasa por cierto, no pude dejar de pensar en que la misma debería de ser accesible a un amplio público, por lo que me di a la tarea de digitalizarla, con mucho esmero y sumo cuidado, pues sus páginas están deteriorándose, a como comprobará el lector. Siendo que el Padre Ernesto Román Oyanguren López de Aréchaga (ROA), su autor, tuvo muchísima influencia en la vida cultural de Jinotega, mi pueblo natal, dedico este trabajo de digitalización a todos mis coterráneos, a la vez que deseo, al hacerlo, honrar e inmortalizar el nombre y la obra de este “*hijo adoptivo de Jinotega*” que pasó como un cometa (1911 → 1915), iluminando las mentes y las almas de los jinoteganos. Aprovecho esta oportunidad para incorporar, también a manera de presentación, dos extractos encontrados en el internet y que por sí solos se expresan, con lo que no queda nada por agregar.

Edgard Arturo Castro Frenzel

Jinotega, 3 de Marzo del 2015

Del ABC de España:

A B C, JUEVES 22 DE ENERO DE 1920.

EDICION DE LA TARDE, PAG. 14

NOTICIAS

DE LIBROS Y REVISTAS

"BARROQUISMOS EN SOLFA"

por E. Roa, con un prólogo de Ernesto R. Oyanguren. El autor de este libro de crítica y su prologuista son íntimos amigos, tanto que se podría afirmar que sólo existe uno; y éste es un gran amador de España y un profundo conocedor de su idioma.

La labor del Sr. Roa Oyanguren es muy estimable y digna, por lo tanto, de nuestro aplauso.

ALAVESES NOTABLES

MORAZA.—OYANGUREN.—IRADIER

MORAZA

DIAS pasados estuve en el cementerio de Santa Isabel, verdadera necrópolis vitoriana, que cuenta con más de dos mil panteones y mausoleos, muchos artísticos, y hermosos y cuidados jardines, y visité, en compañía de mi nieto, la tumba de Moraza, después de haberlo hecho con los panteones familiares.

Mi acompañante, aficionado ferviente de las bellas artes y de los hombres eminentes, y, a pesar de su poca edad, dado a estudios arqueológicos, asistió con interés a la visita.

¡Y en qué deplorable estado se halla! Rota, maltrecha y desencajada la lápida colocada en el enterramiento.

Ante aquel triste espectáculo, mi acompañante sacó unas cuartillas, enristró el lápiz e hizo el croquis que publicamos en la presente página.

La lápida está rota casi por la mitad; faltan letras y ha desaparecido el ángulo inferior de la derecha, que falta por completo.



Fácilmente se reconstruye la leyenda de la lápida, que decía de esta manera:

ADMIRO TUS VIRTUDES,
TUS SACRIFICIOS
EN ARAS DE LA PATRIA Y
DE LOS FUEROS

Se conoce que la labor *iconoclasta* realizada en el enterramiento del patriótico defensor de los Fueros vascongados es obra de algún fuerista rabioso, de aquellos que cuando la supresión de nuestro viejo régimen foral gritaban a voz en cuello que a los Fueros se les hiciera femenino.

Es un buen contraste. En la plaza de la Provincia se admira la estatua levantada para perpetuar la memoria del defensor de los Fueros, y en el cementerio, en la incomparable necrópolis vitoriana de Santa Isabel, una mano criminal ha hecho lo que nunca debe hacerse; un doble crimen, profanando el sagrado recinto y destruyendo lo que todo el mundo respeta (hasta los salvajes): una tumba.

OYANGUREN

Al Sr. Dr. D. Ernesto R. Oyanguren no tengo el honor de conocerle ni siquiera de vista, alegrándome mucho de ello, al menos en estos momentos, porque de esta manera no estoy influido por su persona, que debe ser muy simpática y comunicativa, ni por el espíritu de compañerismo y camaradería, ni por la amistad, que tantas cosas malas nos hace callar y tantas tonterías nos hace aplaudir en algunas ocasiones.

Ignoro si es grande o chico, alto o bajo, gordo o delgado, joven o viejo.

Tampoco sé si viste con elegancia o es descuidado su indumento. Supongo lo primero, porque siendo ferviente adorador de las musas tiene que ser atildado en su indumentaria, porque estando estas señoras, como es sabido, de inquilinas en el Olimpo, no les agradaría la gente mal trajeada y mal oliente, ya que por aquellas regiones se viste bien—aunque con poca ropa—y no se huele a nada, que no es oler mal.

Desconozco, igualmente, si come y bebe bien (beber bien no es beber mucho y menos emborracharse, sino saber lo que se bebe y tener el gusto educado. En suma, ser un *gourmet* de verdad), desconoz-

co, repito, sí come bien y bebe bien, aunque me inclino a creer es partidario de los buenos platos y de los vinos de buenas marcas. Tengo un dato para juzgarlo así, porque quien come mal y bebe peor, y no bebe más que agua fresca, pura y clara, ve visiones, es medroso, no da pie con bola y lo que hace de mal modo y a fuerza de fuerzas. Hace ya mucho tiempo que se echaron al olvido aquellas rancias preocupaciones, mantenedoras de estúpidas teorías, de que la inteligencia no funcionaba bien sino teniendo el estómago vacío. Ahora se opina lo contrario—se prueba—: una buena despensa es el *pendant* de una buena biblioteca. En los mejores pensionados extranjeros lo comprenden de ese modo y los resultados son positivos, lo mismo en el número de alumnos como en los resultados que éstos ofrecen por su aprovechamiento.

Se opina ahora que «tripas llevan piernas y no calzas nuevas»; es decir, que quien bien come produce bien, y Oyanguren produce mucho y produce bien. Ahí está para probarlo la prensa local, donde tan frecuentemente aparece la firma de este literato: y si no aparece a diario es porque el exceso de original inaplazable y el poco espacio disponible no consienten que la firma de Oyanguren se vea a diario en estos periódicos. Me maravilla cómo hace unos pocos días, en un periódico más frecuentado por su colaboración, el Director pudo arreglarse para dar cabida a dos columnas de versos del fecundo poeta, que, seguramente, no fué por falta de original urgente, sino por la belleza de la rimada composición. Y casi con esto queda hecho el juicio crítico de la personalidad literaria que me hace escribir estas cuartillas, pero tengo mucho gusto en dar a la estampa otros detalles relacionados con el hijo adoptivo de Jinotega (Nicaragua).

Induce a creer que Oyanguren es admirador honrado y sincero del bello sexo, una galería de «Bellezas vitorianas» que he tenido a la vista unos cuantos días, por haber sido Jurado en los últimos Juegos florales aquí celebrados el mes de Agosto de este año; en la que se retrata fielmente—y sin retoque—a muchas bellas vecinas nuestras, vitorianas y no vitorianas. Como a la cabeza del *retrato* va el nombre de la retratada, se observa que los bellos versos que forman el retrato no han mentido. Y cuidado que con tanta chica guapa como vive en Vitoria, la citada galería es una obra magna, para decir la verdad y no incurrir en repeticiones y contradicciones.

No es sólo esa galería de «Bellezas vitorianas» lo que constituye el

bagaje literario de Oyanguren. En Lima, capital del Perú, publicó hace años un tomito lujosísimo, honor de la tipografía peruana, uno de cuyos ejemplares encuadernados tengo delante, titulado «Muestras literarias», en verso y en prosa, en cuyo trabajo se dedican patrióticos recuerdos, en dos o tres capítulos enteros, a Vasconia.

Acabo de hojear, leyéndolo con la atención merecida, un folleto conteniendo el hermoso «Discurso» pronunciado en el banquete celebrado el año 1915 en León, capital de Nicaragua, con motivo de la consagración del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Canuto José Rojas y Ballesteros, obispo de Granada, en Nicaragua.

Forma otro folleto, muy bien impreso en Nicaragua, una «Oración fúnebre» pronunciada en León ante la tumba de Ruben Darío el día 8 de Febrero de 1917, primer aniversario de su muerte, comisionado por el arzobispo Pereira y Castro.

Como trabajo profesional de su carrera de abogado, es muy notable y digno de estudio el folleto «Crimen de Alejandría», defensa de José León Osorio, pronunciada ante el Juzgado primero superior del distrito judicial del Centro de la capital de la República nicaragüense, llevando al Jurado el convencimiento necesario para conseguir resultado.

El literato que me ocupa es como prosista castizamente castellano, sin que hayan influido en sus escritos y publicaciones, americanismos de ninguna clase, y como poeta tiene de maestro a Bartrina.

En resumen: es un hombre correcto, ilustradísimo, popularísimo en Nicaragua, no obstante su calidad de extranjero, que conoce muy bien, por haber visitado las repúblicas centroamericanas y las demás iberoamericanas del continente sur de América, por las cuales llevó bien siempre el nombre vasco.

Una mala noticia—si resulta confirmada—tengo que dar a los lectores: el doctor Oyanguren se vuelve a América. Glosando el discurso de despedida que el doctor pronunció en Jinotega, le diré: si se va, el partir no indica separación, significa sólo ausencia y la ausencia hace, en ocasiones, veces de consolidación.

En resumen, Oyanguren es un patriota entusiasta, un inspirado poeta, prosista castizo, orador fácil y abogado conocido y estimado en aquella república del centro de América.

E. ROA

Barroquismos
:: en Solfa ::

CON PRÓLOGO DE

Ernesto R. Oyanguren A.

Barcelona :: 1919

Barroquismos :: en Solfa ::

— POR —

E. ROA

— CON PRÓLOGO DE —
Ernesto R. Oyanguren A.



EDITORIAL LATINA
BARCELONA, 1919

Blasón

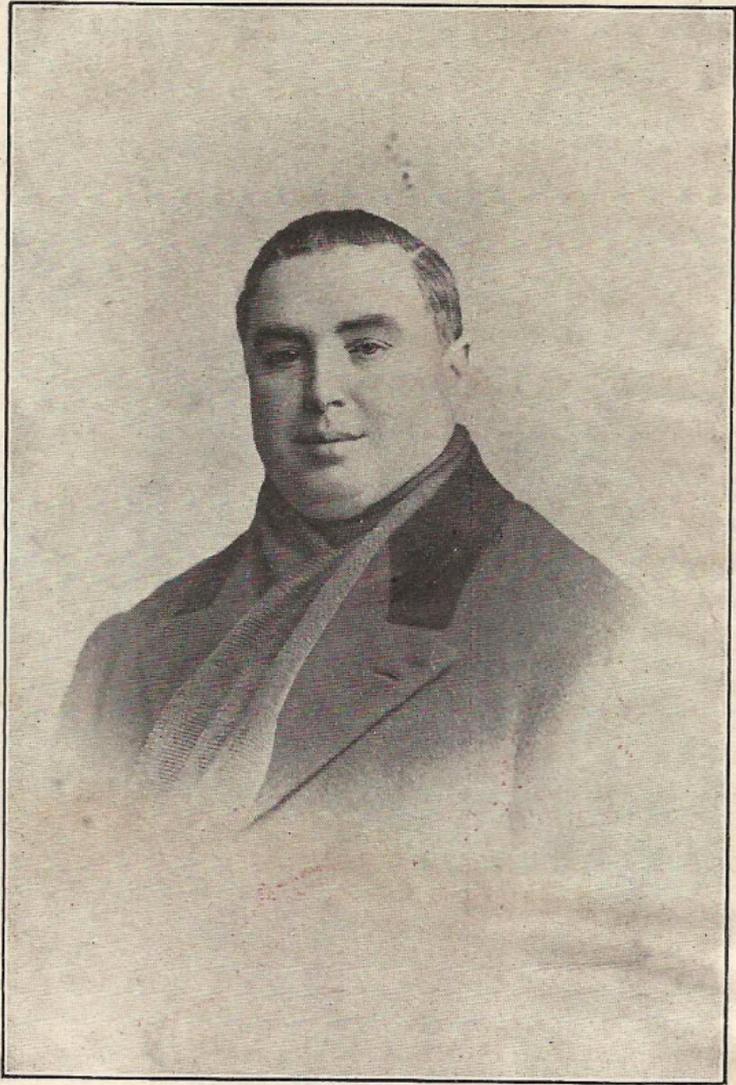
DEDICADO AL ESCLARECIDO
ARZOBISPO CENTROAMERICANO

Mons. Pereira y Castellón

EL ILUSTRÍSIMO VERDADERAMENTE ILUSTRE
Y EXCELENTÍSIMO MÁS EXCELENTE QUE CONOZ-
CO Y A QUIEN PODÍAN AGREGARSE MUCHOS
SUPERLATIVOS NO CANCELLERESCOS, PERO SÍ
RIGUROSAMENTE VERDADEROS, COMO: ILUS-
TRADÍSIMO, ELOCUENTÍSIMO, BONDADOSÍSIMO
Y NO POCOS MÁS.

ERNESTO R. OYANGUREN A.





Prólogo

«¡Aquí te pilló, grillo!» diría al encargarme esta «faenita», mi gran amigo E. Roa.

¡Y bien que me ha pillado el pilló! Más fácil me resultaría dar una corrida, aunque fuera en pelo, por el caballete de un tejado, que salir avante de estas apreturas en que me pone Roa... sin encomendarse ni a Dios ni al diablo.

Verdad es que me dan la pauta para «mi cometido», Urganda la Desconocida y el Donoso Poeta Entreverado, enderezando loanzas a las creaciones de Cervantes, con gentileza que sólo el propio Hidalgo Don Miguel hubiera podido amañar. Cierta también que hogaño prologa, antañonamente donoso, una obra del Bachiller Corchuelo, el no menos bachiller González Fiol; y que el Caballero

Audaz, ingenioso confesor laico de celebridades, hace un delicioso reportaje al propio José M.^a Carretero... pero así y todo, no es flojo mi apuro, ni el traspie menos expuesto.

Demasiado sabe el socarrón de Roa el trance en que me pone, y por si no caía en la cuenta, bien se lo hice notar para ver de escurrir el bulto; pero de nada me valieron las tentativas de escape, ya que para todos mis reparos y excusas, tenía Roa, el autoritario, «no ha lugar», de quien puede salirse con la suya, sea por fas, sea por nefas.

¡Con qué decisión ribereña de la ironía me decía mi querido colomboño: «El que hizo el cohombro, que se lo lleve al hombro»! Y la verdad es que, como tener razón, la tiene y aún le viene holgada, porque si alguno tiene la obligación de estar a la recíproca, ese soy yo, pues más que por indicación, por verdadera imposición mía, acometió Roa estos solfeos a «Barroquismos», y comprendo que tendría que hacerle ahora bien poca gracia, que dándole expresiones a la equidad, saliera yo llamándome Andana. Nada, nada, que estoy bien cogido y con todas las salidas copadas.

¡Claro que me está muy bien empleado! Porque ¿quién me mandó meterme en este enjuague? ¿Qué más me daba que los barroqueros escribieran en zulú o en primoroso castellano? ¿Por qué entonces, en tan mala hora, se me ocurrió inducir a Roa a que les cantase las verdades del barquero? ¡Cosas del aburrimiento!...

Pero, me replicará alguno poniéndose en su punto: «¿Qué culpa tienen Criales y Céspedes de que usted no sepa hacer solitarios para matar el tiempo, cuando no tenga mejor cosa que hacer? ¿Qué hay de común entre su aburrimiento y «Barroquismos»? ¡Ahí está el quid!... porque yo mismo no encuentro más relación que la remota encerrada en esta sentencia: *Habent sua fata libelli*, que vertida al romance, me figuro que querrá decir: tienen mala pata los libelos... ¡Y tan mala!, como que de no ser así, no se podría comprender que hubieran coincidido tan admirablemente las mil circunstancias cuya conjunción ha sido precisa para que «Barroquismos» sufriera las tollinadas que la mala entraña de Roa les ha suministrado.

¡Cuidado que se han confabulado circunstancias para que Roa pudiera dar un sofocón a Criales y Céspedes! Han conspirado en contra de los barroquistas, *celestium, terrestrium et infernorum*. En primer término, jamás pasó por mi imaginación—hay que tener en cuenta que soy yo el órgano de los movimientos, determinaciones y sensaciones de Roa—: jamás pasó por mi imaginación, repito, que yo tuviera que visitar este país... y no obstante, aquí me planté. Nunca llegué a pensar que me sobrara tanto tiempo, que me viese en serios conflictos para no aburrirme de lo lindo... y sin embargo, a pesar de los variados recursos que ingenié, me aburrí hasta dejarlo de sobra.

Tampoco me asaltó por un momento la sospecha de que llegara a tropezar con «Barroquismos», cuando buscando medios para combatir mi hastío, me colé resueltamente a una librería, en busca de los ansiados elementos de esparcimiento y aprovechamiento... y con todo, ¡zás!, lo primero que mis ojos descubrieron fué esa breva, o esa tagarnina, si he de expresarme con toda propiedad. ¡Sí que era un magnífico ejemplar de aprovecha-

miento... y una estupenda demostración de la consabida mala pata a que se reflere el adagio!!!

Lo dicho, que aquí todo lo han hecho las circunstancias y nada—fuera de barbarizar—los barroqueros.

Como en el festín de Daroca, que el pueblo puso las viandas y el alcalde no contribuyó más que con la boca, así en este caso, las circunstancias se encargaron de poner la mesa, preparar los manjares y hasta excitar el apetito... y los barroqueros pusieron, si no la boca, que ninguna falta hacía, sí sus costillares, que se llevaron una soba como para ellos solos.

Hay que repetirlo hasta la saciedad: tienen una pata desastrosa los libelos... ¡Alguna vez que una sentencia latina se deja traducir tan llanamente y por añadidura se cumple al pie de la letra! ¡Quién había de decir a Criales y Céspedes—no siendo el autor del adagio en cuestión—que de mi venida y mi aburrimiento les iba a resultar la piel averiada! ¡Y así fué!... porque si yo no vengo, ni en angarillas hubiera venido aquí Roa; si yo no me hubiera aburrido, Roa lo habría pasado más alegre que unas castañuelas;

y si a él no le diera por ser una especie de eco, de remedo, de reproducción o desdoblamiento de mi persona, que siente siempre y quiere siempre exactamente lo que siento y quiero yo, acaso no se hubieran escrito estos «Solfeos»; pero es tal la exactitud y tanta la identidad de pareceres, sentimientos e inclinaciones que tenemos, que en cuatro palabras, las mismas que voy a transcribir, quedó concertado y resuelto el solfeo:

—Chico,—le dije un día que le sorprendí rascándose plebeyamente las corvas—: me aburro como una ostra.

—Yo, como otra, contestó el eco.

—Podíamos discurrir algo para distraernos.

—Si se trata de discurrir, no llames lista, que estoy ausente.

—Hombre, no hablo precisamente de discurrir, que es cosa que me escama, sino de pasar el tiempo.

—¡Presente!

—Dí, ¿por qué no le das un respunte a ese librejo que nos ha aliviado el bolsillo sin aliviarnos el humor?

—Soy partidario de que el que la hace la pague: nos ha reventado, ¡pues reventémoslo!

—Oye: hablas en plural, y mi indicación fué hecha en clarísimo e indubitable singular.

—Bueno, bueno; que no quede por tan poco: yo le daré el respunte... y tú le echarás el nudo.

¡Cualquiera iba a sospechar que Roa entendía por nudo el compromiso en que me veo metido! Si lo sé a tiempo, dejo que campen a sus anchas los barroqueros, pues aunque me duelen prendas cuando se injuria al castellano zafiamente, más me duele verme en el callejón sin salida en que me encuentro; porque como no venga a sacarme el águila sagrada que transportó a Ganimedes, voy a criar musgo hasta en el pelo, pensando en salir airoso sin dejar a Roa descontento... que es pensar en lo excusado, pues la única manera expedita, no ya de salir airoso, pero siquiera de no dejar a Roa descontento, es la de adoptar una franca flexión vertebral y actuar de turiferario... pero eso, ¡magras! ¡Bastante debe agradecer el *ansioso* que no funcione a lo tío Paco, hablando de rebaja!...

Porque, señor, hay que estar en todo: *sabría* muy mal que yo encomiara a

Roa, entre otras razones, porque en cierto modo sería encomiarme yo mismo, pues no ha sido chica la intervención que en su trabajo he tenido. Y sino, veamos: la iniciativa fué mía; míos, ¡ay!, los dineros del importe de «Barroquismos»; mío el suplicio de apencar con la selección de los materiales más precisos para esta ensalada; y por lo que hace a escribir, también fué mío todo el ajetreo, porque este Roa de mis pecados, aunque es alavés, que casi viene a ser sinónimo de laborioso, parece más bien un potentado oriental, según lo reacio que se muestra a todo cuanto trasciende a pluma, pues hasta para dictar es tan remolón, que muchas veces, pensando en las musarañas, se le va el santo al cielo, dejando escribiente al que le haga guiños a la osa menor.

Gracias a que estoy identificado con él y que conozco su pensamiento sin necesidad de que me lo exprese ni por señas, ha tenido pronto remate este trabajillo, pues de no haber sido por eso, aún estaríamos en el encabezamiento, que si mal no recuerdo, me lo espetó jacarandosamente de un tirón; ¡es la pura verdad: no me gusta andar con chicanas

cuando se trata de dar a Roa lo que es de Roa!

Eso sí, bautizados los artículos, a poco si se malogra lo restante del proyecto. Que ¿por qué? Pues porque este empecatado Roa, además de su incorregible pigracia, tiene a los libros la afición más estupenda de que yo tengo noticia, y para poder saciar esa voracidad sin ejemplo, me salió un día por este registro: «Lo de la solfa está arreglado en principio, pero hemos revisado relativamente pocas obras para cerciorarnos de que es «Barroquismos» la más indicada para nuestra embestida».

¡Apocalíptico!...

Fuéme preciso atufarme y enarbolar con arrebató el mencionado libro, y abriéndolo acá y acullá, meterle materialmente por los ojos aquellos ostugos de rapsodia bárbara; aquellas locuciones y figuras que parecen criptográficas; aquella alboronía de papiamento y barroco; aquellas páginas donde la desfachatez, en barraganía con la bravuconada, reblandecen la médula de un cetáceo; y aquel gracejo, inimitable, insuperable e irresistible, que produce a los lectores la misma regocijada risa que pudiera

producir la vista de un calcetín zurcido, para que Roa, vencido por mi suasoria actitud, confesara, genuflexo y compungido, que su «arranque» no había sido más que un ardid para seguir leyendo a troche y moche; pero que tal era el íntimo convencimiento que tenía, de que «Barroquismos» era la taumaturgia del enrevesamiento, el acabóse de la chabacanería y el glosario del desbarajuste, que en una cuartilla, que me extendió oferente, tenía ya hecha una sinopsis de las más salientes propiedades de «Barroquismos», que pudo ir anotando a medida que iba leyendo, sin que advirtiera hasta que hubo completado sus impresiones, que la rima se había entrometido traviesamente en sus apuntes.

Calmado con la humilde actitud de Roa, tomé el papel, y serenado el acento bravío con que hube de neutralizar sus aprestos de escapatoria, leí de un tirón la sarta de calificativos que en sucinta apreciación condensan las múltiples propiedades que destacan con relieve pronunciadísimo en «Barroquismos».

Como puede verse por tan acertada filiación, Roa revela tal clarivi-

dencia y ojo clínico tan experto, que abarca los pormenores más nímios. Comprobémoslo. Dice él que «Barroquismos» es:

Tratado de incongruencias,
Resumen de la insulsez,
Índice de truculencias,
Compendio de ordinariez.

Muestrario de disonancias,
Baraja de disparates,
Método de extravagancias,
Catálogo de dislates.

Colección de falsedades,
Programa de sosería,
Cátedra de enormidades.

Arte de pendería,
Album de vulgaridades,
Y Clave de la tontería.

Un libro que sin ser escudriñado con apasionamiento, da material para dedicarle una ristra tan suculenta y medulosa de definiciones, por fuerza ha tenido que ser escrito por algunos catasalsas, pero por literatos, ¡imposible!

Ese extracto fluido del pensamiento de

Roa, bastóme para atrapar completamente su plan, de tal modo que, bautizados ya por él los artículos y establecida la conexión mental, pude hacer la mixtura, sin perturbar grandemente las frecuentes distracciones de Roa, llevando así el trabajo más a gusto... ¡más a gusto de él, claro está!...

Cuando se hubo dado fin al octavo *réspice*, convinimos en que era lo suficiente para provocar una zacapela de gran espectáculo... pero ¡cuál no sería la decepción, al ver que nadie subía a la parrá a dar siquiera un ligero empellón a Roa, que estaba allí arrecido de miedo, ante la inminencia de la terrible resaca que esperaba y que seguramente habría de aventarlo a buscar la compañía de los selenitas!

¡Los barroquistas nos defraudaron! Los barroquistas concedieron panúrgico visto bueno a la conducción de su obra a los sótanos del cuerpo de inválidos, do plugo a Roa confinarla, desatendiendo—caso único en mi vida—las formales protestas que le hice por tan decoroso final, pues creo firmemente, que hay para esa clase de obras un lugar bastante más indicado.....

Por lo menos, tengo la certeza de que si ese libro se hubiera publicado en Esparta, lo hubieran arrojado desde el Tairjeto, envolviéndolo a prevención en algo impermeable para no mancharse con su contacto al echarle mano para tirarlo. Accedí, sin embargo, al lugar que Roa designó para «Barroquismos», movido a compasión por el desamparo en que lo dejaron sus desalmados padres.

¿Cómo estos jaques, que en cuanto alguno los ha aludido, han levantado su clamor, repitiendo iracundos las frases del inmortal manchego en la venta: «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, oíganme todos, si todos quieren quedar con vida», ahora no han desgañitado ni hecho alharaca ninguna? ¿Cómo, si en ocasiones han baladronado infatigables, hasta por espacio de seis meses, defendiendo tomos anteriores al que Roa ha despellejado, ahora han dicho «al buen callar llaman Sancho»?

Pensar siquiera que esos perdonavidas no arremetieron a Roa por... miedo, por considerar que «peor es meneallo», es pensar un desatino. ¡Miedo los barroquistas, que desde hace más de un lustro han venido cobrando el barato a todo

quisque!... Nada de eso: desdén, puro y olímpico desdén, o de lo contrario, angustia de tiempo... porque hay que fijarse, señores, que Roa comenzó los Solfeos el 19 de febrero y todavía no estamos más que a 14 de marzo, y para decir esta boca es mía, ¡realmente no ha sobrado tiempo!...

Sin embargo, a mí nadie me convencerá que haya sido por ese motivo que han guardado silencio, sino por la causa antes indicada: desvío y nada más que desvío; y sino se verá, cómo en cuanto se cercioren de que Roa se embarca para España (1), defienden ardorosamente sus «Barroquismos», no por aquello de que «el presente se come al ausente», ¡quién va a pensar semejante cosa!, sino porque ya no será preciso contender con Roa, que es a lo que ellos no quieren rebajarse...

Yo, que tengo a ratos atisbos de Soodermi, y que por congraciarme un tantico

(1) Así fué en efecto: en cuanto Roa embarcó, se descolgaron con un guirigay que afortunadamente pudo Roa contestar a bordo del vapor que lo traía a Europa y antes de perder las costas de la afortunada patria de Criales y Céspedes.

con los barroqueros soy capaz de hacer cualquier pirueta, quiero hacerles la oblación de un consejo, teniendo en cuenta que un consejo vale tanto como un servicio: conozco a Roa como a la palma de mi mano, y como buen conocedor del paño, me permito insinuarles que no vayan a emplear al rebatirlo, la frase almidonada y pulcra que es de su exclusiva pertenencia (?). Nada de eso; hay que baquetearlo, hay que tundirlo. Conque, ojo: fraseología cruda, estilo encrespado, entonación ruginosa, trato de vándalo... al cabo, pueden estar seguros de que él no ha de poder dedicar ni un desmelenado rasgo contra sus mercedes... conque, duro con él. ¡Sús, valientes; las ocasiones hacen los hombres!...

¿Pero no se me ha ido el santo al cielo y de prologuista de Roa me he venido a constituir en consejero áulico de sus buenos camaradas Criales y Céspedes? Vaya, a lo hecho pecho, y no me pesa... ¡así no volverá a encomendarme otro prologueto! ¿Verdad, caro amigo?

ERNESTO R. OYANGUREN A.

Tiene tanta fama entre nosotros la universidad de una república vecina, y tal era la vocación de trotatierras que bullía en mis adentros, y que aún da de vez en cuando señales de vida, que decidí ir a matricularme a su célebre escuela de derecho. Era de rigor que fuera a alguna parte, puesto que en mi ciudad natal carecemos de universidad; pues ya que necesariamente había de viajar, lo mejor era trasladarme a otro país. Así lo hice.

Los primeros días de mi llegada a la populosa urbe, iba de una parte a otra como una devanadera, recorriéndolo todo, inspeccionándolo todo y anotando cuanto me llamaba la atención, ya fuera notable, curioso o ridículo. Entre mis notas encuentro consignada una particularidad que hoy me viene de perillas.

Al pasar en una de tantas andanzas por un templo, y oír las descompasadas voces que daba un individuo, a quien no podremos denominar organista, aunque tocaba ese instrumento; ni cantor, por

más que oficiara en el coro, me hizo notar mi interlocutor que el indicado sujeto era ciego, observándome de paso, lo común que era en esa ciudad que los *maestros de capilla*, de iglesias y conventos fueran ciegos (1).

Leyendo anoche la sexta serie de «Barroquismos literarios», recordé el suceso que anotado queda referente a los *maestros de capilla*, y me di a pensar—¡qué tal será el libro que tales ideas sugiere! —si los que entre nosotros se dedican a críticos, serán también ciegos como aquellos, pues a juzgar por el volumen de críticas a que aludo, deben ser ciegos, y no de aquella ceguera deslumbrante de Milton y Homero, sino tanto o más que los *maestros de capilla* de marras; pues ciegos y bien ciegos tienen que ser, los que no ven cuanto les falta para poder actuar de críticos, oficio bastante más difícil que el de tocar ocarina, aunque a ellos les parezca lo contrario.

(1) Toda esta introducción sólo tenía por objeto guardar completamente el incógnito. Por lo que hace a los *maestros de capilla*, bien sabido es que me refería a los de la propia capital donde vieron la luz Criales y Céspedes.

No sé, ni ganas de saberlo, de qué calidad serán los tomos anteriores de «Barroquismos», pero si son como el sexto, que me ha tocado leer, bien puedo afirmar con toda ingenuidad que no llama Dios a esos autores por tal camino, pues demuestran en el curso de este tomo, que tienen mayores aptitudes para saxofonistas que para críticos, y que hubieran estado más acertados titulando su libro «Método de patinar», en lugar de «Barroquismos literarios».

¡Y tan orondos que se ponen al referir—aludiendo a un tomo anterior—que entre los libros de cierta señorita, advirtieron que había uno muy manoseado, muy descosido y muy traído y llevado, que resultó ser nada menos que «Barroquismos literarios», con cuyo descubrimiento se bañan en agua de rosas y dan por sentado, que toda vez que su obra es muy zarandeada y llevada de mano en mano, sin género de duda es porque rebosa mérito hasta por el mismo pie de imprenta. ¡No hay tal, caros... críticos!

Lo que sucede es que como la malignidad humana se complace tanto en todo lo que tiene algo de murmuración, de mordacidad y maledicencia, se leen los

«Barroquismos», porque hay allí dente-
lladas a granel, zancadillas a todo pasto
y palmetazos a porrillo; pero de ahí a de-
ducir que el libro es leído por bueno, o
como quien dice, porque abunda en doc-
trina, porque destila gracejo, o porque
tiene ángel, hay una diferencia atroz: la
que hay de escribir bien a tostar habas.

El autor de estas líneas reconoce que
tiene menos talento que un tintero y la
misma gracia que una esquela de defun-
ción, y sin embargo sospecha, sin andar
muy descaminado, que sus artículos se-
rán leídos y hasta reídos, nada más que
por las cuatro chirigotas que va a gastar-
les a los autores de «Barroquismos».

No estará de más advertir, antes de pa-
sar adelante, que no levanto la rodela
para defenderme de tajos y mandobles,
pues ni en «Barroquismos» se me alude,
ni se me puede aludir, puesto que ni sus
autores me conocen siquiera remotamen-
te, ni aunque me conocieran podrían cri-
ticarme, porque ni soy poeta, ni escritor,
ni foliculario. Tampoco me propongo de-
fender a ninguno de los vapuleados, a
quienes por completo desconozco, y que
aunque conociera, no tendría por qué pa-
trocinar, ni por qué lamentar sus desagui-

sados, pues no soy como el procurador de Almagro, que murió de un disgusto por haberle quedado muy estrechos los pantalones a un vecino.

No me mueve tampoco ninguna animosidad contra los autores de «Barroquismos», a quienes ni de vista conozco; y tampoco me anima la comezón de darme ínfulas de crítico, ni de gramático, ni siquiera de plumífero; pero así y todo, me considero con autoridad y suficiencia bastantes para darle un recorrido al libro.

¿Que dónde están las ejecutorias en que fundo mi autoridad y suficiencia? Pues... en el ejemplo que me dan los señores Criales y Céspedes; porque si ellos que carecen de gracia, que no abundan en doctrina y que están irreconciliablemente enemistados con el estilo, se dedican a críticos, bien puedo animarme a ejercer un oficio que pide tan pocas aptitudes, reclama tan escasos conocimientos y exige tan menguadas condiciones como campean en ese libro, cuya lectura me ha producido una horrible dispepsia.

Nada tan obvio como que un poeta se ejercite en la escala cromática de la fraseología y la domine por completo para que su inspiración nos sea transmitida en

versos alados y armoniosos; pero si la inspiración no acierta a orientarse en las encrucijadas de la gramática, como no hay forma por demedrada que sea, que no pueda ser redimida con un pensamiento vigoroso, una idea sublime o un sentimiento delicado, es excusable que lance a la publicidad los afectos que le carburan el alma, porque si lo que resulta es una tortilla, nadie hará caso de los huevos rotos, antes bien, se darán por indemnizados de la anemia del lenguaje con lo jugoso del pensamiento; pues si la gramática es cosa buena, es mientras no haya cosa mejor, ya que en último resultado, ella no es sino «la máscara noble de la rutina».

Pero si en un poeta pueden excusarse ciertos lunares, no así en un crítico, que desde el momento de asumir tal misión, se erige en dómine severísimo, actúa como celoso Aristarco, para fijar la pauta a los escritores que no andan muy sobre la perpendicular, y al desempeñar ese magisterio con la rigidez de un palo de escoba, ha de ser demostrando suficiencia, derrochando saber y empleando también, que nunca está demás, una miajica de gracia, una borona de aticismo, un granulito de sal.

Pero si el que corrige se apea constantemente por las orejas y emplea un estilo mazorral, correteando los yermos de la vulgaridad, entonces la crítica degenera por completo, y si conserva ese nombre, es porque a nadie se le ocurre sustituirse con otro, que por estafalarío que fuera, se acomodaría perfectamente a la índole del asunto, pues tan clara idea daría de la materia tratada, llamándola crítica, como llamándola chaleco de fantasía; porque cuando se critica con el fémur, olvidando que la cabeza no sirve sólo para colgar en ella el sombrero, el resultado puede llevar indistintamente cualquier título, pero ¿crítica? ¿Qué crítica ni qué zanahorias!

Como queda expresado, no me propongo aludir ni remotamente a ninguno de los poetas criticados, por más que en algunas críticas de «Barroquismos», fulgura el fogonazo de la pasión y aún del sectarismo; pero mi objeto no es particularizar. Ya he dicho que mi mente no es defender a ninguno de los injusticiados en la obra de que me ocupo; mi propósito es muy otro: clamo, reclamo y abogo por los fueros del buen gusto y aún por los preceptos gramaticales, porque no creo,

con Flaubert, que la gramática y la belleza sean enemigas; pero disculpo a los que arrebatados por su estro y encontrando estrechos los moldes, o tropezando con la inflexibilidad del léxico, o desconociendo los secretos del idioma, delinquen contra los preceptos y caen lastimosamente; aunque a veces las caídas sirvan de lección y fortifiquen, como le sucedía a Anteo, que en cada caída cobraba nuevos bríos.

Sí; la corrección de estilo, la diafanidad de pensamiento y la fluidez de expresión, me cautivan en cualquier género de composición que resplandezcan, y más en el género poético, que sin esos timbres, pierde lucidez, naturalidad y armonía; pero cuando el caso lo requiere, y las extralimitaciones no son de a folio, soy propenso a la indulgencia, porque la manga demasiado estrecha, resulta manguera que apaga el incendio de la inspiración.

En cambio, con los maestros, con los preceptistas, con los críticos, creo que se debe ser más exigente y estoy por decir inflexible, porque abundo en la opinión de que quien enseña debe ser docto, quien corrige, correcto; pues si el acusa-

dor puede ser acusado y el restaurador necesita restauración, entonces no es crítico, sino miope que no ve la viga de su ojo, miopía a todas luces inconveniente, porque una crítica de ese género podrá servir para extirpar un lobanillo, o para enseñar a tocar fagot, pero no para limpiar, fijar y dar esplendor al lenguaje, colorido y pujanza al pensamiento y transparencia y elevación a la idea.

II

Refiere la historia que Alejandro Magno ordenó a sus generales hiciesen rapar las barbas a todos los macedonios, para que el enemigo no pudiera echar mano de ellas.

Si yo tuviera alguna autoridad para impartir análogas órdenes, no tendría reparo en hacerlo en este caso, movido sólo del respeto que me inspira uno de los autores de «Barroquismos»; porque habiendo en dicha obra una verdadera fronda capilar, no quisiera, al verme precisado a echar el guante, acertar con aquel de los autores que por su estado goza ante mí de inmunidad; y como en rigor, no sé a quien pertenecen esos frondosos apéndices, por ser este libro producto de una sociedad, de un ayuntamiento literario, o como quien dice, de un matrimonio artístico, no acierto a tomar partido en la difícil adjudicación de las metafóricas barbas... ¡ventajas que trae la unión, la compañía o el matrimonio... mixto, desde luego, o yo no sé de ritos!

A propósito de este ayuntamiento crítico-literario, recuerdo haber leído en alguna parte, una curiosa definición del matrimonio, cuyo autor debía ser algún sefardita, pues dice, que «el matrimonio es una mujer más y un hombre menos». Es fácil que al autor de tan pintoresca definición le tocara en suerte una dulce mitad que tuviera más de bisonte que de mujer, pero allá él si no tuvo pupila para descubrir a tiempo las buenas o malas propiedades de su costilla, pues para mi propósito, basta averiguar si esta definición se compagina con el estado de los señores Criales y Céspedes.

Juzgo que Isaac Criales se habrá dado cuenta de la situación lastimosa a que lo reduce la sociedad con Céspedes, pues éste, con lamentable frecuencia, se va por los cerros de Ubeda en materia de religión; y como en la estampa de Criales que traen los «Barroquismos», se ve que viste traje talar, de ahí que el buen señor haya pensado más de una vez, según yo creo, en la definición del matrimonio que hoy sale a colación, pues la mancomunidad literaria «Criales-Céspedes» no es otra cosa, si me es permitida la parodia, que «un anticlerical más y un sacerdote me-

nos»; pues los exabruptos literario-religiosos de Céspedes, y los desmanes crítico-morales del mismo, colocan al eclesiástico en posición muy crítica y lastimosa, porque todas esas intemperancias, aunque supiéramos a punto fijo que son de Céspedes, de todos modos, son «a dúo» con un sacerdote, en tal virtud, la claudicación de éste es manifiesta, lo que en buenos términos viene a ser lo indicado antes: «un sacerdote menos y un anticlerical más».

No sé hasta qué punto pueda yo andar descaminado, al atribuir a Céspedes las enormidades irreligiosas o anticlericales que campean en «Barroquismos», pero pensando piadosamente, debo suponer que semejantes deflagraciones son de él y no de un sacerdote, pues sería el colmo atribuir estos despropósitos al eclesiástico. Bastante tiene el pobre señor con la parte de culpa que le corresponde por ley del consorcio, sin que en su descargo pueda argüir que no es solidario de los errores del compañero, porque... ¡ay!, mi querido párroco, «el que quiere la col, quiere las hojas del rededor».

Además, mi respetable presbítero, como ninguno de los dos firma sus respectivos trabajos, no se puede averiguar qué

parte del libro es suya y cuál la de Céspedes, y en la promiscuación resulta difícil separar el pescado de la carne...

¡Ah! y a propósito de carne: también a la diosa de Pafos se le prodigan algunas rendidas genuflexiones en el mencionado librito, pues siempre que al género femenino alude, o se pone más tierno que una gelatina, o tiene audacias de concepto bien lamentables, y a buen seguro, que quien así procede, es también Céspedes, pues hago a Criales la justicia de suponer que emplea siempre términos que no desentonen con la austeridad de su estado; por más que con tanto deslinde y con tantos descargos, reduzco a la nada la participación de Criales en el libro en cuestión, ya que suprimidos los arrumacos femeniles y las zamacuecas irreligiosas, apenas queda en el libro cosa que adjudicarle a Criales, si omitimos la estampa talar que aparece en la primera página, y que, para colaboración... es poco, y para ornamentación... no es cosa que digamos... al menos para nuestro gusto.

Sospechará alguno que todos estos «escrúpulos de Halicarnaso», no son de tanta monta en cuanto tienen relación

con el mérito o demérito de la obra. Por lo que a mí toca, poco me importa en realidad, que los «Barroquismos» reciban más sombra del Corán que de la Biblia y que trascienda notoriamente de sus páginas el espíritu de la Enciclopedia; pues si como tengo dicho, no entiendo una palabra de literatura, menos alcanzo en materia religiosa, porque un pobre laico no profundiza fácilmente todas las verdades y definiciones religiosas. Yo me tengo que conformar con escribir a la pata llana, y aún eso, sudando lacre, sólo al considerar que trato de enmendar la plana a un sacerdote y exdiputado. Pero si esos reparos, o escrúpulos si así quieren llamarlos, no me afectan personalmente, como temo que sí afectarán a Ciales, no puedo hacer juicio ninguno sobre el particular, o lo que es lo mismo, no me atrevo a echar mano de esas barbas, sin saber de qué pertenencia son.

¡Sería curioso que yo me preocupe de esas «menudencias» y que a Ciales le importen un rábano! ¡Se ven cosas!.... ¡Eso si que sería ser más papista que el Papa! Pero no; me resisto a creer que esas peculiaridades le parezcan a Ciales *peccata minuta*, no pareciéndomelo a

mí, que tengo que mirar estas cosas con más despreocupación. Pero de todos modos; me gustaría cerciorarme de que no estoy en lo cierto, para no desenvainar tanto melindre, ya que tarea más fácil sería para mí escribir a roso y veloso y no andarme con pomadas de vaselina, al hacer la justicia distributiva que el caso requiere.

Así y todo, insisto en mi actitud, pues mientras el propio interesado, o principal damnificado, no me haga saber que su sentido moral se ha declarado en huelga, sus creencias religiosas han hecho bancarrota, o que su cabeza está llena de aserrín, necesitaría yo más desaprensión que una foca, para atreverme a pensar que esos gazapos son de Criales.

Sigo, pues, en mis trece, es decir, continuo pensando que Céspedes, en su calidad de mundano, aprovecha el libro para requebrar beldades, tributarles el incienso de su admiración y deslizar de paso algunas crudezas; y en su condición de espíritu fuerte, le parece lo más natural exudar a su talente desatinos religiosos.

Pero..... ¡esos dichosos peros!, es el caso que, cuando creo que el deslinde ya no deja nada que desear, me asaltan mil

cavilaciones, y titubeo y vacilo, porque se me antoja que defraudo por completo a Criales, pues adjudicando cuanto llevo adjudicado a Céspedes, ni con prismáticos alcanzo a ver lo que pueda quedar para Criales. Señor, ¡qué conflicto!..... Aunque no; ¿pues no habíamos quedado que en este ayuntamiento, como en el matrimonio antes definido, tiene preponderancia el anticlerical a expensas de la claudicación del sacerdote? Pues entonces a nadie defraudo y doy a cada quisque lo suyo, y *tuti contenti*, o *pax Christi*.

III

No diré yo nunca de los críticos lo que el lego del cuento: «Me revienta el prior, sea quien sea».

No; a mí no me revientan los críticos, sino los críticos mal penetrados de su papel, poco preparados y desorbitados; aquellos que siguen una crítica sin idealidad, cominera, de cetrería, cuya única mira es reducir el arte a puro pragmatismo, y dentro de esa norma, fiscalizarlo todo; levantar, como Asmodeo, los tejados de las casas para descubrir lo que pasa en el interior, o como famélicos perdigueros, husmear lunares; rastrear licencias; perseguir defectos, y una vez descubiertos, abultarlos, macularlos, cacarearlos; y si no pueden considerarse defectos, pero adolecen de algún *fomex peccati*, descoyuntar la frase que no es completamente censurable; aislarla de sus miembros principales; analizarla bajo aspectos ajenos a la mente del autor; emplearla en un sentido diferente al que se le asignó; desglosarla de una materia e incorporar-

la a otra; sujetarla a construcciones diferentes, hasta ver si cambia de acepción, régimen o significado; someterlo a giros que no desempeñaba, y así, dislocando locuciones; abatando figuras; descuartizando giros y mistificando sentidos, obtener el resultado apetecido, que no es otro que adjudicar la adelfa del fracaso a la víctima escogida, regodeándose íntimamente con las convulsiones del suplido: esa clase de críticos sí me revientan, y lo que es peor, revientan al arte y muy especialmente a la poesía.

Nadie ignora que la poesía es la que se presta más a esas estrangulaciones, a ese ajusticiamiento despiadado, y que no hay poeta por castizo y alto que sea, que no pueda caricaturarse.

Supongo que mis lectores conocerán, y que asimismo conocerán también los autores de «Barroquismos», los «Ripios clásicos» de Antonio Zozaya. En dicha obra, que Zozaya escribió acosado por críticos implacables, queda palmariamente desmostrado, que con los desmenuzamientos sañudos de los chacales literarios, no hay autor alguno que no pueda ser llevado a la picota, para zarandearlo, exhibirlo y escarnecerlo con sujeción a

los cánones vigentes, sancionados y respaldados por los clásicos, por esos mismos clásicos a quienes Zozaya hace saborear las torvedades de la afrenta, pues cual otro Pherón, Zozaya apedrea a los dioses mayores del Parnaso.

No hay que apurar mucho la consecuencia, pues se viene por sus propios pasos: si eso se hace con los maestros, ¿qué no se hará con los discípulos? Si los modelos, los ejemplares, los prototipos, cuando se exhiben *in puris naturalibus*, dan margen al desacato y al ludibrio, no es empresa hacedera para los incipientes precaverse de las dentelladas de los licántropos literarios; y si los novicios, son por añadidura poetas, menos aún, porque la poesía, por su compleja estructura; el diapasón delicadísimo que ha de regirla; el vasto campo de acción que abarca; la pompa de la frase; la magia polifónica; la potencialidad del símbolo; la lucidez del concepto; su transparencia ingrávida; los matices rutilantes y los lineamientos clásicos que son su cohorte obligada y escolta de honor, está erizada de tales escollos, que no es ninguna empresa de romanos, el que en las aduanas de la intransigencia se haga caer

a rodo, bajo la maza del implacable análisis, a los cultivadores de tan difícil arte. Con razón Flaubert llama «el infierno de las letras» a una ocupación que tales ahogos brinda y tan pocos estímulos reserva.

Bien sabido es que la llama introducida en nitrógeno se apaga, ¿pues cómo no ha de apagarse la inspiración, si además de pasar por mil filtros y crisoles todavía se la introduce en los profundos silos de criterios completamente herméticos? Pronto habría de quedar Euterpe sin devotos en ejercicio activo, si abundaran los Criales y Céspedes que escatiman el pan y la sal de la vida, con criterio estrecho, exigente y rigorista, como si la crítica de ese jaez no estuviera descalificada desde que hiciera su aparición en la tierra.

Privó Valbuena, y aún priva, porque, además de que sabía *de omni re scibili*, su crítica es ágil, juguetona, ática y saturada completamente de donaires; es crítica que deleita y enseña, aunque también se ensaña, y por lo mismo, Valbuena jamás fué crítico de alto bordo, y la única obra suya crítica que ha de perdurar, es la «Fe de erratas del Diccionario

de la Academia», donde volcó D. Antonio su enorme caudal científico, tan enorme, que hubiera podido distribuirlo entre cien de sus émulos, haciendo de todos ellos verdaderos sabios.

Críticos a lo Manuel Bueno, Gómez Baquero, Blanco García, Abril y Cejador vengan en hora buena, porque como sólo en los jardines del paraíso terrenal se producían flores sin abrojos, se necesita que en los jardines de Academo, donde las rosas del sentimiento, los claveles de la idea y las campánulas de la rima brotan entre malezas, haya críticos de prosapia que se encarguen de desbrozarlas de cuanta planta parasitaria succione los jugos que han menester; pero que no tengan acceso a esos floridos predios los críticos que esgrimen la podadera como instrumento de exterminio, talándolo todo a destajo, en ocasiones sólo por algún pequeño lunar, siguiendo en eso el ejemplo de aquel médico que en cuanto sabía de algún dolor de cabeza, no encontraba remedio más eficaz que cortarla.

El cautiverio gramatical, claro que es beneficioso para el arte, pero ni la belleza ni el arte son producto de las reglas, sino

productoras de ellas, y así como la naturaleza no se ha cansado de producir, el genio tampoco cesa de ensanchar sus dominios.

La belleza fué antes que la regla, que no es otra cosa que la condensación del mecanicismo con que se obtuvo en un principio determinado efecto artístico; pero así como por los procedimientos que dieron el fruto de tal vibrátil sensación, cuál ágil artificio; ora la melódica frase, ya el inflamado período, y que cuidadosamente observados, recogidos y erigidos en sistema, facilitan la repetición de tan mágicos efectos, asimismo, el genio que hoy se extravasa, puede ser un creador de nuevas normas, un inyectador de nueva savia, el gonfalon de una nueva escuela.

Esta jaculatoria, que me ha resultado más larga que las canillas de un inglés, tiende a demostrar, que un poeta puede dar notas bellas, aún discordando de los principios armónicos consagrados por la tradición, y que en consecuencia, si destaca el penacho de la inspiración; si refulge la llama sagrada de la idea; si resuena robusta la trompa de ignoradas sonoridades, o el surtidor de murmurios

acompañados trae notas cálidas, acari-
ciantes y rumorosas, se dé pase a las tras-
gresiones que se adviertan, y aún se to-
me nota de las nuevas modalidades que
vengan a ensanchar la gama nunca ago-
tada, porque el infractor de hoy, bien pu-
diera ser un innovador.

Esto no es dar carta blanca a todo des-
propósito; ni conceder el espaldarazo de
poetas a quienes carezcan de letras e ins-
piración; ni admitir cualquier chirimía
como digna de solemnizar la orquesta-
ción augusta del arte lírico; no tal: es an-
teponer el genio a la rutina; es preferir
la esencia al envase, la perla a la concha,
el espíritu a la materia; es, santificar la
médula, engrandecer la idea; robustecer
el pensamiento y venerar, con venera-
ción augusta, ese *quid divinum* que eleva
a su poseedor de tal manera, que como
el arca del diluvio, está cuarenta co-
dos más alto que las más altas mon-
tañas.

¿Pueden hacerse estas salvedades y
conceder estas preeminencias a los críti-
cos que ultrajan las reglas y faltan a los
principios, y se salen de los arcaduces,
y relajan la disciplina? ¡No! ¿Por qué?
Nos hemos extendido ya demasiado para

abarcas hoy ese aspecto de la cuestión. Diré, pues, con Felipe II: «El tiempo y yo contra otros dos...»; agregándole por cuenta mía esta contera: «A tí te lo digo, nuera; entiéndelo tú mi suegra».....

Demos, pues, tiempo al tiempo, que todo se andará.

Entretanto, ¡oh, poetas! que vuestra fantasía destile en copas de oro el burbujeante licor de la inspiración, sin que os causen redror los híspidos censores que quieren atraillar vuestro numen; que los sistros sonoros no interrumpen el armonioso concierto que inunda de mágicas sonoridades la Arcadia de los elegidos; que el panal vierta siempre rica miel sobre los labios ansiosos de la humanidad.

No os apartéis en manera alguna del Canaan del ideal, por considerarlo inaccesible, o porque os parezca demasiado laboriosa la ascensión. No; adelante, siempre adelante: trabajad, que el trabajo es el complemento del genio; trabajad, que la estagnación es la atrofia y la laboriosidad florecimiento; trabajad: que fulgure centellas el estro; que resplandezca la luminaria lírica; que la cabalgata del ensueño alcance su meta. ¡Oh, poetas!

cantad, gemid, orad: sollozos de dolor o modulaciones de alegría, verbos trinituantes o plegarias heridoras, todo es gorgo, todo es arpegio, todo es poesía. ¡Adelante, adelante, oh poetas!

IV

Quizá piense alguna alma compasiva, que si no vivo como el Minotauro de la fábula, siempre en acecho de nuevas víctimas, al menos, a la que consigo echarle la zarpa no la suelto tan aína; pero, créanme o no, confieso paladinamente que nunca me ha dado el naipe por victimario, y la tarea a que actualmente consagro mis ocios, lejos de ser de animosidad y menos de saña, es simple cuestión de sanidad literaria.

Desarrollo una tésis, y si ésta abarca necesaria e ineludiblemente muchos artículos, no es porque esté animado del propósito de cebarme, sino de la intención de redondear la cuestión planteada y darle remate de manera que trascienda con luz meridiana, que no me impulsa ningún fin bastardo. No resaltaría esta peculiaridad, que me importa tanto poner de relieve, si después de lo dicho hasta hoy, no dedicara algunos inocentes escauceos al estilo literario de los autores de «Barroquismos».

Para cohonestar la ingrata labor a que tengo que entregarme, preguntaba en mi artículo anterior si los mismos o idénticos motivos alegados para defender las extralimitaciones de un escritor, no serían extensivos a las incorrecciones de un crítico; y contestaba rotundamente que no, remitiéndome a razones que explayaría hoy, para explicar, el por qué, mostrándome tan propicio a la indulgencia, incurra, *motu proprio*, en los mismos extremos de intransigencia que he censurado acerbamente.

• La razón es de peso; si el escritor, y más especialmente el poeta, merecen ser tratados con alguna benignidad, consiste en que cuando se ven colocados en la disyuntiva de sacrificar algún pensamiento original, o quebrantar algún precepto consagrado, en la febril exaltación y premiosidad hiperestésica de la gestación, sacudidos por la incontinenencia creadora, optan por romper vallas y consignar en beligeras cláusulas su pensamiento robusto, su idea radiosa o el ensueño arrullador; olvidando, que a veces, no sería empresa muy laboriosa reducir a domesticidad la gula bravía de su encendida imaginación; pero.... el esguazo de los

titanes cuando tratan de escalar el cielo, es un gesto, que si tiene mucha arrogancia, tampoco carece de gallardía...

En cambio el crítico no se ve nunca entre la espada y la pared. El crítico es un tipo de escritor, *sui generis*, acosado por la única idea y el plan único de que se llenen las fórmulas; de que no se infrinja la consigna; de que no se violen las reglas. De modo que si un escritor (?) que no tiene más idea ni pensamiento que ese, deturpa manifiesta y desconsideradamente su decantado pragmatismo, la sanción que es preciso aplicarle, no admite circunstancias atenuantes, porque la delincuencia no las tiene.

¿Qué idea, qué pensamiento, puede presentarnos un crítico de esta clase, capaz de exonerarlo de sus faltas? ¿Con qué puede indemnizarnos de sus deslices, si cuanto pretende es velar por los fueros del buen gusto, y de cuanto puede hacer gala, aún saliendo airoso, es de que su tejado no resulte de vidrio? Es por eso que el crítico que no tiene idea ninguna que explayar, ni pensamiento alguno que reducir a la rebelde fórmula de la expresión, porque concreta todo su celo a impedir que se extravasen los cauces

conocidos, aún en el supuesto de que cumpla su misión sin prevenciones, sin apasionamientos y con capacidad, si escribe incorrectamente, aunque conozca todos los meandros de la gramática y sepa más que Lepe, pierde toda la prestancia que se requiere para abrogarse el papel de censor.

Y ahora pregunto: ¿los críticos de «Barroquismos» no se concretan única y exclusivamente a corregir infracciones? Así me lo parece, y aún lo declaran ellos. ¿Los críticos de «Barroquismos» pueden preciarse de poseer un estilo ameno, exuberante, fluído y castizo? Al contrario: su estilo es anguloso, tosco, sin eufonía, sin vértebras, asarmentado y de un raquitismo y una penuria desconcertantes.

Para demostrarlo, comienzo ya el papel de escoliasta, que me he impuesto sin vocación, y que de buena gana habría de omitir, si no fuera de todo punto necesario presentar los entuertos y agravios hechos a nuestra señora la lengua castellana, convertida en zafia lugareña por arte de encantamiento de esos yangüeses, officiosos correctores de cuanta gaya producción ve la luz pública.

Como la tarea sería ingratísima para

mí y fatigosa para mis lectores, si intentara exhibir todos los desaguisados que sería preciso desfacer, sólo enmendaré algunos, y aún en esos, no llegaré hasta la minuciosidad de atomizar el valor de las expresiones, ni descenderé a la greguería de discutir analíticamente palabra por palabra. Con ese sistema parece que están muy encariñados nuestros apreciables críticos, pero yo no simpatizo con disecciones que son innecesarias, porque los defectos literarios que quiero hacer notar, resaltan a la vista de los menos versados, y de hacerlos resaltar un poquitín, ya procuraré cuidarme.

Refiriéndose a la «Oración por la paz», de Claudio Peñaranda, y asegurando que es inspirada en la «Oración por todos» de Víctor Hugo, no de Andrés Bello, como aseguran en Barroquismos, dicen:

El paralelo es imposible, pues, hay la distancia, entre ambas composiciones, del cielo a la tierra. Si en la «Oración por todos» se siente armonías y se saborea las bellezas de una poesía verdadera, en la «Oración por la paz», solo se encuentra un hacinamiento de palabras.

¡Qué castellano tan delicioso, tan so-

norro, tan dúctil! ¡Después de leer este trozo fluidísimo, tengo que dar mi brazo a torcer, confesando que mi criada, que debe ser agnaticia de los autores de «Barroquismos», me aventaja con mucho en hablar con propiedad! Esta mañana, sin ir más lejos, le decía: «Mira, Pancracia, tú no pronuncias ni una palabra sin plagarla de concordancias vizcaínas; no vuelvas a preguntarme: ¿Le gusta los guisos que yo preparo?; ni me digas otra vez: Me agrada los artículos que usted escribe, porque eso no está bien dicho».

Pancracia me escucha con marcada socarronería, sonriéndose maliciosamente de mis observaciones, y medio minuto después, se planta en la puerta de mi estudio y me pregunta impertérrita: «¿Se prepara las gallinas para el almuerzo o para la cena?» Al oírla, me escamé, pensando si la *indina* me estaría tomando el pelo, pero, ¡que si quieres!, lo que hacía era darme una valiosa lección. No caí en la cuenta hasta ahora que me encuentro con el trozo suprainserto de «Barroquismos». *Mea culpa, mea culpa*: declaro que Pancracia está en lo cierto, y prometo no corregirla en lo sucesivo, antes bien, tan

pronto como la vea llegar de la calle, aunque precisamente hoy se ha paseado más de la cuenta, le diré cariñosamente, y como una especie de desagravio: «¡Hola, Pancracia!, ¿le gusta las tardes de sol, eh?...»

Siguen los barroquistas en su cátedra:

Isaura vivía modestamente, sin pertenecer a ningún Círculo, como que muchas señoritas privilegiadas observan vida recatada, sin los alardes que se estilan en sociedades bulladas.

¡Dichosa Isaura, que murió cuando florecían escritores que tal necrología podían dedicarle! Yo estoy dispuesto a morirme en menos de cinco minutos, con tal de que me ofrezcan un epitafio tan «bullado». Pero no tendré, no, la suerte de que me brinden notas elegíacas tan rimbombantes, que dones tan preciados no se hicieron para mí. ¡Qué se va a hacer! Paciencia y adelante con la cruz, quiero decir, con mi tarea.

Llegó a nuestras manos (a las de Criales y Céspedes) el libro de Sonetos del autor Salvador Turcios, centroamericano. Este libro contiene de golpe y porrazo cien sonetos cabales, ni uno más, ni uno menos. Qué tal facundia del tal Salvador, qué ha

de ser Salvador, será enterrador de las musas. Díganme ahora; en cien sonetos ¿qué puede haber sino disparates?

(No vemos la consecuencia ni la gracia; pero sigamos):

Se parece a ciertos desequilibrados que por besar a cien mujeres, besan a troche y moche, a viejas, tuertas, tísicas, edentadas, o desdentadas.

¿Qué les parece a ustedes el discursillo? Me dirán acaso que es un párrafo que parece picado de viruelas, pero no, señores; quien diga tal no tiene completos los muelles del buen gusto. La gracia que hay en esas cortas líneas no la tuvo jamás Taboada. ¡Qué intención, qué donaire y... qué aseo! ¡Así se trastean dificultades; así se impone el gusto: cualquier otra cosa es mascar avellanas! Yo no salgo de mi asombro y pido a todos me ayuden a exclamar: ¡Benditas plumas que han enriquecido el acervo común con tan mirífico trozo! No somos los contemporáneos dignos de tales primores, pero legaremos a la posteridad el encargo de recoger con beatífica gratitud tan sublimes joyas...

Disertando sobre canciones patrióti-

cas, dicen los insignes cimbeles literarios:

La del Ecuador comienza con este coro, que no es muy de lo bueno:

¡Salve, oh patria, mil veces! ¡oh patria!
Gloria a tí. Ya en tu pecho reboza
Gozo y paz, y tu frente radiosa
Más que el sol contemplamos lucir.

Este coro, con admirantes a porrillo es muy pobre en vocabulario. El primer bordón contiene estas exclamaciones substanciales: «¡oh patria!, ¡oh patria!» Con una sola patria la canción era correcta. El tercero y el cuarto parece que se dirigen a una dama bella, de frente radiosa y que brilla más que el sol; el Ecuador es el país de los poetas buenos.

¡Valiente transición!.....

Pasan después a otra canción patriótica de Manuel María Ávila, y dicen:

No reúne las condiciones necesarias para constituir un himno oficial. Esperamos que otro literato lo formule con más acierto y mejor preparación. Francamente es un himno gorgeado a una bandera desflecada. Un himno se llama así, porque es cantable en todas las ocasiones que se trata de solemnizar un día glorioso que recuerde el advenimiento de la libertad.

Pues si no es más que eso, me echo al bolsillo del chaleco las chirigotas sugeri-

das por las líneas anteriores y voy a ver si me sale, o mejor dicho, si «formulo», un himnito sin muchos «admirantes» y embelecós. Templemos el sonoro laúd, y venga el «cantable»:

CORO

Cantemos nuestras glorias
con entusiasta voz,
mientras las zanahorias
revuelven con arroz.

Fuimos grandes; en vano es negarlo,
Y seremos por siempre los mismos;
Pero si alguien se atreve a dudarlo,
En castigo obtendrá **Barroquismos**.
Cantemos nuestras glorias, etc.

Por doquiera tenèmos riquezas
Que nos brindan los mismos eriales;
Y contamos también con proezas
Que a la patria le rinde Criales.
Cantemos, etc.

Si el vecino algún día se mete,
A turbar nuestra paz y ventura,
En el acto Julián le arremete
Y la patria descansa segura.
Cantemos, etc.

¡Ya ven ustedes, me ha salido sin un «admirante»! Yo creo que es un himnito que se las trae; y si vale la inmodestia, creo que también es «cantable». No es-

tará socarrado en la sacra llama de una inspiración heróica, pero con un poco de buena voluntad, puede pasar. No creo que tenga ningún *pede claudó* tan manifiesto como la siguiente estrofa del himno boliviano:

De la patria el alto nombre
en glorioso esplendor conservemos
y en sus aras de nuevo juremos
morir antes que esclavos vivir.

Además, yo soy muy modestito y consiento y hasta agradezco que me corrijan, retoquen y acompasen mis «bordones»; de modo que no hay cuidado de que vaya yo a declarar intangible alguna de mis estrofas, como ha sucedido con la que copiada queda, que sin una triste muleta va arrastrando su pata coja por doquiera. Conque ¿aceptado mi himnito? Espero que se resolverán por una acogida benévola, y acariciado con esa esperanza, suspendo por hoy mis andanzas de cetrería, pues me he extendido ya demasiado. Conque... hasta más ver, lectores.

V

Dice el incomensurable Gracián: «Lo bueno, si corto, dos veces bueno».

La naturaleza del asunto por mí acometido, requiere tal extensión, que me veo y me deseo para reducirme; pero con todo, convencido por completo de que yo no doy pie con bola, es decir, de que no puedo hacer nada bueno; ya que intrínsecamente no logre esa excelencia, quiero lograrla dando a estas acotaciones la segunda condición exigida por Gracián; así lograré que sea mi trabajo, por lo menos, simplemente bueno, ya que jamás podré conseguir que resulte dos veces bueno.

¡Atención, que voy a ceder la palabra a los preclaros lingüistas de «Barroquismos»!:

En una ocasión que yo estuve de visita donde una señorita, de nombre Soledad, que toca piano a las mil maravillas y declama versos a cual más bellos, vi en el estante un libraco enteramente estropeado, sucio en todas sus fojas, a punto de deshacerse, y con mucha avidez le pregunté ¿por qué tenía tan viejo aquel librejo? A lo que respon-

dió que ese librejo era su única compañía, que no se desprendía de él, y que le agradaba tanto que lo leyó siete veces. Que en seguida confió a más de una docena de sus amiguitas, de las que la última no quiso devolvérselo. Con tal motivo libró una verdadera campaña por el rescate, lo que consiguió a duras penas; hé ahí por qué el libro estaba deshaciéndose. Este libro era el primer tomo de «Barroquismos literarios».

¡Qué suerte tienen algunos... autores!
¡No puedo disimular la envidia!..... ¡Yo
que sabría agradecer tantísimo esa mer-
ced! ¡Vaya si la agradecería!

Si algún día una beldad,
Llámele o no Soledad,
Me otorga la caridad
De leerme siete veces,
Apurando hasta las heces
Mis irónicas sandeces;
Le prometo desde ahora,
Dedicarle sin demora,
Con entonación sonora,
Mil alabanzas y cantos;
Y hasta pediré a los santos
Que le proporcionen novios,
Que no resulten tenorios,
Sino chicos meritorios.

Mi palabra, que haré cuanto en esas lí-
neas ofrezco, pues no soy de tan mala
casta, que después de recibir la señaladí-
sima distinción de que lean siete veces

mis quisicosas, dedique a quien de tal modo me favorezca, un empedrado literario como el que en «Barroquismos» dedican a Soledad; empedrado, que literariamente, es una maravilla en lo malo. Eso no, ¡pese a mí!, que yo no soy capaz de afrentar a una señorita con un párrafo que tiene la peculiaridad de crisar los nervios: eso no es escribir; eso es rajar leña; ni más ni menos que rajar leña.

¡Y tan afortunados que son estos... bienaventurados críticos! ¡Ya lo verán, ustedes, ya! Resulta que, además de Soledad, hay también un poeta que despacha, ¿qué dirán ustedes que despacha?, ¿acaso alguna libra mal pesada de queso?... Pues andan ustedes muy descaminados, porque lo que despacha el aludido poeta, son estrofas bellísimas; aunque los barroquistas olvidaron decirnos a qué precio despacha la docena, cosa en verdad que debieran habernos indicado, pero que la olvidaron por decirnos, que a ese poeta despachador de estrofas bellísimas, le gustan una enormidad los «Barroquismos»; a tal punto, ¡horresco referens!, que los ha leído cinco veces... ¡y ha quedado sano y salvo... que es lo verdaderamente asombroso!

¿Saben ustedes lo que supone leer cin-

co veces «Barroquismos»? A mí me hubieran tenido que administrar la Extremaunción; pero esos poetas que «despachan estrofas bellísimas», son capaces de apachugar cinco veces consecutivas la lectura de «Barroquismos» y quedarse más frescos que una escarola. ¡Qué horror!...

Claro que del dicho al hecho hay mucho trecho, y que yo no creo que haya un poeta capaz de semejante proeza; pero ¡vamos!, que si lo hay; que si es cierto que ese poeta ha consumado semejante sacrificio, aunque «despache estrofas bellísimas», merece el ministerio de Instrucción Pública, por ahora, nada más que por ahora, pues más tarde, bien merece la inmortalidad... por más que «esa» quedará a cargo de los autores de «Barroquismos», que desde luego, y a buena cuenta, ya le anticipan sus buenos «aperitales», ¡buenos de veras!..., y sobre todo, tan castizos, tan melodiosos, tan fonéticos. Por esos «aperitales» ya podemos colegir lo que vendrá al cabo del tiempo: las pruebas no engañan ¡veámoslas!...

Todavía hay más. Un domingo en la mañana (no hay detalle que no deba aquí consignarse) he sido invitado a tomar un par de aperitales en el bar de París (¡habrán colocado ya en dicho local

la consiguiente lápida conmemorativa del magno suceso?) por un poeta de verdad, que hasta ahora mide versos cadenciosos y despacha estrofas bellísimas, a la prueba es mi tocayo (¡pues para qué quiere más lotería!) me dijo que aquel mismo libro, de autor nacional, delirio de la susodicha Soledad (¿el libro o el autor?) lo había leído cinco veces.

No creo, aunque me lo juren frailes premostratenses, que haya persona de buen gusto que lea cinco veces «Barroquismos». Soledad y el poeta, «que hasta ahora despacha estrofas bellísimas, a la prueba es mi tocayo», son, sin género de duda, personas muy cultas y amigas de endulzar el oído, y dieron gato por liebre al tocayo; pero descontando lo que por ley de cortesía se aumenta en estos casos, a buen seguro que sí habrán acometido sus buenas cinco veces la lectura de «Barroquismos», pero la habrán tenido que dejar siete..., ¡sólo que se trabucaron al hacer la cuenta!

Créanme a mí: miren que yo he sido capaz de leer, ayudado, eso sí, de inyecciones de cocaína, todo un tomo de «Rocamble», y a pesar de mi audacia comprobada, de mi valor acreditadísimo y de mi sangre fría reconocida, no he podido echarme al colete «Barroquismos», sino a salto de mata.

¡Palabra de honor!

Y lo que no ha podido hacer un hombre tan sereno, tan ecuánime y sufrido, ¿podrá hacerlo la pulida, la espiritual, la delicadísima Soledad, y el acicalado, el soñador, el castizo poeta que frecuenta el bis a bis con las musas, ya que «despacha estrofas bellísimas, y a la prueba es mi tocayo»? ¡No; de ninguna manera!

Los barroquistas van a disertar acerca de la luz:

La luz puede ser resplandeciente, clara, opaca, etc. ¿Pero virginal? Nones. ¿O la luz como la mujer tendrá pudor? El bardo se refiere, sin duda, a la primera mañana de la creación. En este caso el pensamiento es falso. Los astrónomos, esos hombres, que, en veces, nos hacen comulgar suelas de zapato viejo, etc., etc., la luz, decimos, ha existido siempre, según aquel principio de que el Universo no ha tenido principio, ni tendrá fin.

¡Cataplum!

De cuántas cosas es capaz la manía de la originalidad, el prurito de enmendar la plana y el ansia de innovar! ¿No les parecía bien dicho «comulgar con ruedas de molino»? Pues de no parecerles bien, hubieran podido echar mano de otra figura; pero eso de sustituir la sancionada frase con la de «comulgar suelas de zapato

viejo», no se le ocurre ni a un carbonero. ¡Puáh, qué asco! No sean ustedes tan.... originales, ni tan... sú...pitos.

Y luego, aquello del pudor, también tiene su pesquis. ¿De modo que solamente lo virginal tiene pudor? Y lo que es más todavía, de tener pudor, ¿ha de ser como la mujer? Hombre, si pudor tienen hasta los elefantes, a no ser que los naturalistas nos hagan comulgar también «suelas de zapato viejo»...

Pero lo que no tiene desperdicio es aquello de que «el Universo no ha tenido principio ni tendrá fin».... Claro que esa especie no la han inventado los barroqueros—¡ni esa ni la pólvora!—pero así y todo, nos abstenemos de ahondar semejante coladura, que sin duda extrajeron de alguna cosmología sin bautismo, porque podría ser de Criales el párrafo en cuestión, y de ser así, lo mejor es «pico punto»...; discreción que a buen seguro ha de agradecernos don Isaac...

Volvamos a nuestro libro, que hablando de literatos consagrados dice, refiriéndose a Horacio:

César Augusto jamás pudo hacerle aceptar un empleo del imperio; su modestia y lealtad hacen olvidar por veces su refinado epicureismo.

Sigue la revista:

Enrique Longfellow, americano, a quien se le conoce por sus imitaciones a literatos extranjeros, en especial alemanes.

Aún nos falta uno:

Lord Biron fué tan desgraciado como fatal en el mundo. Su padre era disipado, su madre de igual pelaje. Al influjo del hogar desventurado, aumentábase una deformidad sin remedio: era sumamente cojo, lo que hería asaz su vanidad ocasionándole a cada rato graves disgustos. Un matrimonio infeliz seguido de un divorcio bullado, le volvieron egoísta.

¿...? ¡...!

¡Yo tenía entendido que el castellano posee un caudal inagotable de voces, que permiten, no sólo expresar cualquier pensamiento, sino matizarlo de mil modos y darle diversidad de sonoridades a cual más cadenciosas; pero es el caso, que sin saber yo por qué regla de tres, o de quebrados, o de pesas y medidas, me encuentro en «Barroquismos», con la novedad de que el castellano ni es rico, ni fluído, ni expresivo, ni variado; en fin, que es menos ameno que un binomio. No creía que hubiera hombre tan hábil que me inculcara ese convencimien-

to; pero lo hay, o los hay, porque son dos los autores de «Barroquismos»: Dios los cría..... y el mal gusto los junta, y así tiene que ser porque las calamidades no vienen nunca solas.

Sigamos deleitando el oído con las cadenciosas frases de «Barroquismos»:

La edad de las epopeyas ha pasado para no volver más. Fué necesario la epopeya de la civilización antigua, que daba temas con sus dioses, héroes y batallas.

• ¿Esto será castellano, será pamué, o será por si acaso un paraguas sin funda? Yo declaro no tener competencia para dilucidar tan arduo problema.

Venga un solo de «Barroquismos» en tono de yaraví:

Al saber que éramos diputado a congreso, nos presentó sin perder tiempo sus quejas amargas de pobreza, de miseria, etc., etc.—En efecto en los intermedios de las sesiones camarales íbamos un día con un diputado, otro día con otro, así en adelante.—Alomenos Oyola pecaba de grosería, apoderándose de D.^a Juana, sin permitir que otros que estaban ansiosos de tertuliar, aunque fuese por breves instantes, con ella, lo hagan hasta que venía la hora de retiro, once de la noche.—Juana entonces nos insinuaba reiteradamente tocáramos en el piano lo que sucedía con frecuencia, etcé-

tera, etc.—Una vez digitado el instrumento, entonaba con voz triste y melodiosa estos versos compungidos del yarabí referido «ADIOS» que en nuestra niñez escuchábamos a nuestros abuelos cantar en guitarra vieja, con bordón eterno y primas cambiadas a cada rato.—Juana Sanchez no era disoluta que digamos. Su conducta rayaba casi en virtud. De modo que sus relaciones de amistad fueron platónicas sencillamente.

Párrafos más andróginos que los copiados, no los tiene, ni libro, ni folleto, ni periódico alguno: ¡me he quedado tonto al leerlos!

Dos señoras padecen las truculencias literarias de los barroquistas: Doña Juana y la lengua castellana. La última debe estar ya curada de espantos, a fuer de los constantes malos tratos que recibe en «Barroquismos»; pero la primera, a buen seguro que nunca soñó que de tal manera llegaran los barroquistas a sacar los pies de las alforjas, pues toda señora sabe, que cuando alguno del sexo feo se ocupa de ella, oficia con toda la solemnidad de liturgia, sobre todo si se ha tenido amistad con ella; se ha «digitado» algún instrumento en su casa; se «ha tertuliado en los intermedios camarales» y se han trasegado buenas copitas, finamente obsequiadas por ella. Todo eso no se paga

con haber contribuído como diputado, a que el Congreso le señalara doscientos billetes mensuales de pensión, pues a «eso» había que añadir, mayor comedi- miento y cierta galanura de estilo, no ese castellano de aparejo; pues el que fuera la buena señora adjunta del presidente Melgarejo, no dispensa de la cortesía, ni autoriza semejantes tatuajes literarios.

Me ha quedado el oído tan maltrecho con las melopeas de «Barroquismos», que me sería punto menos que imposi- ble continuar hoy la cacería de tanto trasgo como todavía queda por ahí; mas como cada día trae su cuidado, procuraré que el de mañana me traiga ese..... pero con algún reconstituyente, porque sino desfallezco.....

VI

Sabido es que el mucho dulce empalaga, de modo que si tal cosa ocurre con el dulce, excuso decir lo que sucederá con las pócimas de coloquintida que estoy extractando de «Barroquismos».

A mis lectores no sé si les pasará algo gordo, pero lo que es a mí, me acometen unos mareos y unas náuseas, y de tal manera tengo estragado el paladar, que todos los refinamientos culinarios de mi cocinera no logran excitar mi apetito, y hasta las viandas más deliciosas, me parecen de estopa y me saben a rejalgar. Si todo esto me ocurre desde ahora, ¡cómo me veré para cuando concluya! ¡Sea lo que Dios quiera, y adelante con los faroles!

El problema que me propongo, sin tonos magistrales—dice no sé cuál de los barroquistas—es salvar la literatura nacional.

¡Ahí es nada!

¡Hasta los gatos quieren zapatos! ¿No sabe este señor que Fray Ejemplo es el mejor fraile de la comunidad? Si en

vez de escribir, lo que hace es delinear romboedros, ¿por qué arte de tramoya va a resultar salvador de la literatura nacional? Tratárase del patuá, y aún pudiera considerarse salvador, ¿pero del castellano?, ¡pese a tal!, ¡si es el verdadero antípoda de salvador! Y sino, verán ustedes qué parrafito nos regala ahora mismo:

Un amigo muy ducho en celebrar disonancias literarias (¿no me alude usted, amigo?) me trajo prestado por veinticuatro horas, sin que yo lo hubiese deseado, menos pedido, un cuaderno de versos, titulado «Bandada azul» edición lujosa, carátula a dos tintas, 120 páginas, asegurándome que tuvo paciencia jobina en leerlo y releerlo de pé a pá, no encontrando en todo él más que una jabanadura al precioso manto de la poesía, empleando epigramas sin pizca de cloruro de sodio, con ese fuego de fusilería verbal a quemarropa contra las musas. Yo con esa misma paciencia, ya no jobina, sino borreguil, devoré hambriento el librejito, en menos de una hora. Gerundea en todo el libraco que es un contento, exponiendo que la literatura languidezca en esos, altozanos u hondonadas, que se parecen a sepulturas de instituciones muertas (¿cualas?) predica, a veces, la virtud, como el diablo en agua bendita, echando un suspiro cavernoso, tal si fuera queja del otro mundo. En resumen de todo lo anotado, concluyo afirmando que «Bandada azul» no es más que un bandidaje literario. No embargante, el tintero queda con la boca abierta.

Un estilo descriptivo-musical-bailable, tan *sui generis*, no lo posee ningún escritor hasta el día conocido. Este es un verdadero preciosismo literario, y sobre eso no hay que insistir, porque está al alcance de cualquiera. En cambio hay un giro que sí merece alguna explicación. No nos mueve la curiosidad, sino el deseo de posesionarnos bien de esos secretos lingüístico-filológico-fonéticos, que sólo a los grandes estilistas es dado sorprender.

¿Qué secreta conexión existe, oculta a nuestros profanos ojos, entre el «bandidaje» literario de «Bandada azul» y la boca abierta del tintero? No «embargante» haber reducido a caldo nuestra minúscula sesera, no podemos menos de confesar, llenos de confusión, que somos unos intonsos de tomo y lomo, pues no hemos tenido alcance suficiente para descubrir la misteriosa relación.

Nuestra perplejidad sube como un termómetro en verano, por haber sorprendido hoy mismo, en nuestra propia casa, un giro literario calcado en esa sublime frase; circunstancia que nos ha dejado completamente mohinos, porque nos asalta la leve sospecha de que aún esta-

mos más atrasados de lo que suponemos.

La frase a que aludimos nos amargó el modesto desayuno que casi todos los días saboreamos. Hoy, que fué uno de esos días afortunados, paladeábamos con delicia el aromático soconusco, en compañía de un querido hermano, cuando inopinadamente le dice éste a la criada: «Pancracia, este chocolate no se puede tomar de tan amargo como está, «no embargante» caliéntame las tenacillas que me voy a rizar el bigote».

Semejante salida de pie de banco de mi referido hermano, me dejó de una pieza, y pensando en mis adentros, si tendría en mi propia familia algún Novejarque en estado de canuto, cuando lo que tengo en realidad, es un hombre más enterado que yo de las orientaciones pintorescas de los literatos de buena cepa.

Sabíamos también, y aun casi lo teníamos olvidado, que el diablo huye del agua bendita; pero que metido en ella predicara, entreverando suspiros cavernosos, «tal si fueran quejas del otro mundo», lo ignorábamos por completo, si bien alcanzamos a darnos mediana cuenta de tal fenómeno, al considerar el verdadero suplicio del diablo, cuando se

le zambulle en semejante líquido. A buen seguro que preferiría ser metido en un baño ruso, donde al menos, podría ahorrarnos los suspiros cavernosos...

¿Y cómo lograron los felices autores de «Barroquismos» jugarle esa mala pasada al diablo, para mostrarse tan enterados de todo lo que hace? Si fuera cosa hacedera, ya nos gustaría practicar por cuenta nuestra el experimento. Poseemos una regular cantidad de agua bendita; de modo que si los autores de «Barroquismos» tienen acceso, como parece, a las habitaciones particulares del diablo, mucho nos complacerían si un día le echasen mano de una oreja y nos lo trajeran para meterlo en la consabida agua bendita... ¡Será interesante en grado sumo, oír el suspiro cavernoso de ese sujeto! Nada digamos de su predicación, que no debe tener desperdicio: eso sí, habrá que prevenirle que no emplee un castellano como el de «Barroquismos», porque nos quedaríamos a copas: ¡estamos tan atrasados para entenderlo!

Todavía no hemos podido darnos cuenta exacta de lo que quiere decir este trozo, que es de los más sencillitos y claros, pero que tiene esos toques magistra-

les que son nuestra pesadilla. Dice así:

En las páginas dominicales de los periódicos de última temporada encontramos composiciones, a veces, desnudas de belleza, sino en todas en algunas, por lo que se recurre al sistema de trasladar las de autores extraños. Mejor es así, según nuestro criterio.

¡Y don Antonio Maura tan mayestáticamente encastillado en su sillón presidencial de la Academia de la Lengua, sin enterarse de que andan sueltos por aquí dos hablistas que bien merecen ser nombrados correspondientes de la Academia Española! ¿Para qué se han creado esos honores, si no han de conferirse a quienes ostentan ejecutorias tan eminentes? Nada, nada, el señor Maura es un ingrato, un negligente o un olvidadizo. ¡Que dimita en el acto o que repare volando la injusticia que le enrostró, con «cavernosa» indignación!

Además es encargo de varios amigos que reabramos esta sección (claro que todo el mundo se habrá percatado de que ya están hablando de nuevo los barroquistas: ¡es tan inconfundible su estilo!) suspendida hace dos años, que dirigimos en otro diario local por supuesto sin ánimo de vulnerar a los amantes de la gaya ciencia, pues que los autores de quienes tratamos son noveles, es decir prin-

cipiantes (¡hombre, ya se entendía eso!) que han de aprovecharse, sin duda (notarán ustedes cierto tufillo de fatuidad ¿no es así?) de los consejos y de las advertencias oportunas, sin pizca de magisterio porque nosotros mismos podemos equivocarnos (¡no, hombre, que se van a equivocar ustedes!) En literatura nadie debería avocarse infalibilidad que es propia del que habla «ex-chatedra».

Ni siquiera el que habla «ex-chatedra» puede «avocarse» tal género de infalibilidad. ¡Si hasta podría darse el caso de que en literatura estuviera a la altura de los autores de «Barroquismos»!... Por más que en ese evento, me figuro que se impondría la destitución, equiparando a caso de herejía tamaño desaguizado hecho a las letras; porque es preciso convenir, que hacer con una lengua tan sonora, párrafos tan trapajosos, es incurrir en lesa herejía literaria. ¡Si cualquiera diría que no escriben sobre papel, sino sobre un tosco roquedal, según es la aspereza que trasciende de «Barroquismos»!

Verán ustedes ahora un trozo en que vierten todas las mieles de la cortesía, y que, sin embargo, no tiene nada que envidiar a los que han desfilado hasta ahora:

En esta composición de diez estrofas hay rima perfecta en lo que aventaja a la anterior. La seño-

rita tan atrayente, tan culta, así que una tarde que pasamos momentos gratisimos en su quinta, entre otras muchas coplas, recitó la siguiente, que no la olvidaremos jamás en el curso de la vida:

Las aves que hicieron nido
En árbol de hojas cargado,
Porque le ven deshojado
Le miran desconocido.

Linda Rebeca, para que su poesía sea grata a las musas, los versos debían constar: o de dos adónicos, o de tres anapestos. Lo demás constituirían barroquismos, que, decía el famoso Abel González, y san vámonos con la música a otra parte.

Juro por la horma de mis zapatos, que en todo el párrafo anterior, mosaico maravilloso de semitonos y colores de... brocha gorda, no he quitado ni puesto una tilde, pues no llega mi osadía al extremo de profanar tan selecto párrafo. ¡Qué dominio del idioma! ¡Qué manera de jugar con las dificultades más ingentes! ¡Qué expresión tan armoniosa! Se diría que alguna guzla pulsada o «digitada» por mano de hadas vierte sus melodías en ese admirable trozo, no ya literario, sino musical. ¡Nadie diría que es un simple tiesto literario, sino una partitura sublime! ¡Hasta dónde llega la fascinación de esa prosa rítmicamente acompañada!... ¡Oh!... ¡Ah!... Ni siquiera inten-

tamos encomiar trozo tan sublime por temor de profanarlo: ahí está eso y basta... y sobra... ¡y no es broma!

Linda Raquel: esa que despectivamente llaman copla los barroquistas, tiene en realidad algún pequeño lunar, pero con lunar, con impermeable y con botas de montar, está muy por encima del párrafo con berrugas que le dedican a usted y a su verso... y conste que yo no he pasado momentos gratísimos en su quinta, y que por tanto no me obliga la cortesía a decirle que por esa estrofitita, aunque un poquitín maculada, se puede dar bastante más que por los seis tomos de «Barroquismos».

Aquí debía dar remate a mi tarea cotidiana, pero me encuentro con un parrafito tan cortito y tan recomendable, que no renuncio al gusto de copiarlo.

«Veo literatos que desconocen a sus amigos; si éstos por educación les saludan, aquellos contestan con sofión o desgano, lo que es contraproducente».

Tienen ustedes mucha razón; pero el remedio es muy llano: al literato que así se conduzca, leña de firme.

Si responde
con «sofión»,
se le esconde
en un rincón,
y así sea
un gigantón,
se le arrea
un coscorrón.
Si le sienta
bien la mano,
no le tienta
ya el «desgano»,
y por temor
a la torta,
con primor
se comporta;
y es seguro
que otra vez,
le da un puro
y suda pez.
De ese modo
será urbano,
y será todo...
menos vano.

El remedio es eficacísimo y tiene la cualidad de no hacer pagar al justo por el pecador, como ocurre con el procedimiento de los barroquistas, que por censurar al infractor de las leyes más elementales de la cortesía, se hace pagar el pato a las letras, cosa la más heteróclita que darse puede: ¡al fin, como salida del magín de estos corsarios de la literatura!...

VII

Me veo precisado a traer a cuento una agudeza de cuartel, tan manida como gráfica. Cierto estoy de que para nadie es una novedad, pero como en este momento es para mí de suma necesidad, todos tienen que apechugar con el refrito.

Explicaba un sargento a un recluta muy cerrado de mollera, los movimientos del ejercicio militar, y seguro de que sería más expresivo cuanto más simplificara, le decía: «Media vuelta a la derecha es exactamente igual que media vuelta a la izquierda, sólo que es completamente lo contrario».

Sucede lo propio con el castellano de los barroquistas, que es precisa y exactamente lo contrario del castellano. Ellos escriben, es verdad, ellos tienen su estilo; ellos se consideran literatos, pero es debido a esa igualitaria condición de que escribir bien o escribir mal, todo es escribir, sólo que hay una pequeña diferencia, que, eso sí, no vale la pena de tomarse en cuenta, y es: que escribir mal es exacta-

mente igual que escribir bien... con la simplicísima diferencia de ser todo lo contrario: ¡no deja de ser una lástima!

Bien es verdad que ese «todo lo contrario» no pasa de ser una verdadera futesa: mal o bien, es detalle tan minúsculo como la media vuelta a la izquierda o a la derecha... y más minúsculo todavía que el dar gato por liebre. ¡Quién se va a fijar en minucias de tan poca monta! Tanto monta, monta tanto que «Barroquismos» esté escrito en castellano como en volapuk... ¡Para lo que instruye!... ¡Para lo que deleita!... ¡Para lo que cuesta... echarlo al cesto de la basura!...

Sólo que como no cuesta lo mismo adquirirlo que echarlo... a mala parte, conviene indicar a los incautos, que como costar, cuesta mucho; pero que valer, no vale un cigarro: ¡es completamente impenpinable!...

Creo que con los trozos espigados en «Barroquismos», y que en los artículos anteriores he zarandeado un poquito, basta y sobra para valorizar dicho engendro; pero si eso no bastara, aún queda tela que cortar, pues de acuerdo con el parecer de Montaigne, de que «no siempre hay que decirlo todo, que fuera necedad»,

he dejado mucho por desollar, eso sí, que más bien que por seguir a Montaigne, ha sido por no manipular sino lo estrictamente necesario, libro tan dejado de la mano de Dios.

Así y todo, con lo poquito que me he internado en sus páginas, estoy como si me hubieran aplicado cantáridas, con que, deajo a la consideración de mis lectores calcular lo que me hubiera ocurrido de habérmelo echado íntegramente al colete. ¡Ni San Apapucio me libraba de un síncope!

No se atribuya, sin embargo, a la inocuidad de las líneas de «Barroquismos» el haber quedado ileso, después de las vertiginosas andanzas que no pude menos de girar páginas adentro; que si estoy inmune y no he padecido siquiera un ataque de escorbuto, se debe única y exclusivamente a las medidas preventivas dictadas por mi pánico, y entre las que considero de mayor eficacia, las enormes raciones de lectura que me propinaba de Campoamor, Bello, Darío, Espronceda, Becquer, Argüello, Olmedo, Julio Flores, Gabriel y Galán y Gutiérrez González. Gracias a esos zahumerios de castellano grácil, afluentísimo, grandilo-

cuenta, musical y reconfortante, pude salir ileso de mi audaz entrometimiento.

Momentos hubo en que, ensordecido, mareado, vesánico, casi exánime en medio de aquella orgía de dislates, disonancias y barbarismos, pensé en hacer voto de rehuir en lo sucesivo toda lectura, obsesionado, naturalmente, por la atroz demencia de creer que todos los libros son «Barroquismos». Pero soltaba ese trebejo, impropriamente llamado libro, y aunque exhausto de fuerzas, echaba mano de Núñez de Arce, Zorrilla, Benavente, Martínez Sierra, Alvarez Quintero, Cejador, Ricardo León y Palma y la pesadilla se desvanecía, renaciendo mis amores por el idioma castellano.

¡El idioma castellano! Ese idioma excelso, que con sus palabras sonoras como notas; sus períodos suntuosos como sonatas, y su fastuosa eufonía, que cual caja acústica de concertadas resonancias ensancha tonalidades y dilata la armonía, para mejor recrear la sensibilidad con el acorde magnífico de esas acompasadas cadencias de melódico sinfonismo, se destaca con la facundia de su arte grandioso, como el idioma en cuya arquitectura esplende la euritmia con más

perfecta simetría, precisamente a causa de su indócil sincronismo y su complejidad polifónica.

Esa lengua castellana, cuyas frases pudiera decirse que están formadas con pétalos rozagantes; cuyas figuras bizarrísimas infunden celos al capullo más esbelto; cuyas gallardas locuciones se yerguen con la arrogante gentileza del clavel, y de cuyas oraciones emana esencia tan suave cual si fueran artístico ramillete; dando la más acabada sensación de un mágico vergel, con toda la gama de colores, plétora de exuberantes lozánias y vaporosa fragancia de embriagantes aromas, como para que tan divina lengua sea proclamada sin disputa, la que reúne más propiedades para cautivar el espíritu, merced a la inefable virtud de invadir las reconditeces inextricables del ensueño y exaltar las fibras más somnolentes del sentimiento.

Ese idioma castellano, con esas sílabas leves como plumones; esas fogosas construcciones, febrilmente vibrátiles, como inquietas alas que sin cesar están ensayando vuelos; y esos misteriosos ritmos, que cual aves cautivas padecen la nostalgia del espacio y el delirio de la altu-

ra; de tal manera, que no bien se posesionan de un pensamiento original, cuando en majestuoso vuelo, airosos giros y graciosas circunvoluciones, lo elevan hasta invadir los dominios del sol, para saturarlo de luz, matizarlo de arboles y caldearlo con el fuego acrisolador de los rayos solares, para poner así de relieve la singular propiedad de este idioma de altísimo abolengo, de elevar en tal forma las ideas, que no puedan desentonar con los arreos aristocráticos con que las engalana para hacerlas dignas de su prosapia.

Quien dice idioma castellano, dice ubérrima copia de recursos, variedad inconmensurable de inflexiones, superabundancia magnífica de matices y caudal inagotable de voces, recogidas, copiadas y formadas con savia que prolíficamente le proporciona a la naturaleza misma; porque este idioma dulce, expresivo, imponente y musical, está formado por estruendos de catarata, silbidos de ventisquero, rugidos de león, fragores de tormenta, rumores de arboleda, pompas de selva americana, susurros de remanso, balidos de recental, arrullos de paloma, gorjeos de ruiseñor y gemidos de gacela. Así es como puede sollozar con el triste,

gemir con el huérfano, gritar con el herido, conmover con la desgracia, desgarrar con la imprecación y aterrar con la muerte; por eso es que la oración tiene majestad, trémolos la cólera, seducciones el amor, invectivas la indignación, vibraciones la ira, apóstrofes la exaltación, arrullos la ternura, arranques la arenga, arrebatos la pasión, anhelos la plegaria y fervores el ruego. De ahí que entre nosotros sea fogosa la valentía, épico el arrojo, sublime la abnegación, desgarrador el grito, estridente la maldición, angustioso el alarido, espeluznante la blasfemia, vertical el insulto, viril la injuria, sangrienta la ironía y púgil el sarcasmo; y con tantas y tan magníficas inflexiones, con tantos y tan variados matices, con tan rica valoración, con tan precisa justeza, con tan gallardas ondulaciones, con transparencias tan cristalinas, sonoridades tan extensos y ágiles giros, es fantástico como un arabesco, suntuoso como un encaje, sonoro como un órgano, vistoso como el plumaje de las aves de los trópicos, y sugestivo como esas serenas noches en que el firmamento, decorado con el lujuriente desborde de todas sus magnificencias, y la pirotecnia rutilante

de sus astros, abisma el ánimo, suspende la imaginación y absorbe los sentidos.

Y no es que el idioma se encarne en nosotros, es que nosotros estamos inger-tados en el idioma, que palpita con nuestro corazón, sueña con nuestra fantasía y se enardece con nuestra sangre: de ahí su irresistible sugestión; de ahí su fuerza evocativa.

Se dice «Patria», y parece que algo incita a nuestro corazón a la ofrenda, al rendimiento, al sacrificio, al heroísmo, al holocausto por el solar nativo.

Se dice «Amor», y se siente la llamada de una fundición, y ese calor penetra al arcano del alma y allí produce efectos de magia, y se realizan misterios incomprensibles, que forjan ensueños, remueven ilusiones y ofrecen perspectivas de admirables mirajes.

Se dice «Madre», y se siente abierto el divino surtidor de ternuras, abnegaciones y sublimidades, que inundan el corazón con su caudal inagotable, como para templarlo contra los ácidos de la adversidad, las injurias del infortunio y las hieles de la vida.

Se dice «Poesía», y no parece sino que la inspiración abre su jaula de oro y

desciende en raudo vuelo a fecundar la fantasía, con un beso impregnado de ritmos, y músicas, y gorgeos, y llamaradas de incendio, y toques de arrebató.

Se dice «Dios», y fulgura el rayo, y se oyen los truenos del Sinaí, y se admiran los nimbos del Tabor, y nos sobrecoge el augusto sacrificio del Calvario, que avalora la dignidad humana, al ser rescatada con el divino estipendio de la Redención.

¿Hay alguna de las magnificencias, esplendores, sublimidades, atractivos, primores, cadencias, matices y destellos del castellano en «Barroquismos»? Duelo da decirlo, porque al fin «Barroquismos» está escrito por seres humanos, pero no puede menos de concluirse, que tal libro es el ludibrio del castellano, o lo que es lo mismo, lo contrario exactamente del castellano.

De modo es, que siendo el castellano cuanto queda dicho, «Barroquismos» viene a ser fatalmente la negación de todo lo expresado; pues con su estilo de encrucijada, guijoso, coriáceo, rupestre, laceroso, desmarrido y eruginoso, da el ¡quién vive! al peor castellano que imaginarse pueda.

En una palabra, y para decirlo por última vez, eso no es castellano, es un cubileteo de palabras, un serpollo de dislates, un fusilamiento de conceptos. No creo que semejante libro haya sido escrito: ha sido cavado; ha sido hecho con pico, con azada o con hacha. Estoy seguro que si se requisa la casa de los barroquistas, allí no se encuentra escritorio alguno, pero sí se hallará un espacioso alpende donde se guardan las herramientas que sirvieron para elaborar «Barroquismos».

Y no se crea que las excrescencias que hemos disecado sean las únicas o las más deformes del libro en cuestión. Nada de eso: nunca creemos conocer una casa mientras no tengamos acceso más que al desván o el sótano, y lo propio nos ocurre con un libro; con lo cual dicho queda, ¡ay!, que penetramos hasta los salones de «Barroquismos», y que es de allí precisamente de donde proceden todos esos cuadros decorativos (?) que han desfilado por los artículos anteriores y quedan todavía multitud más a disposición de quienes tuvieran el gusto tan estragado que quisieran dedicarse a buscarlos.

Se habrá observado también que nues-

tra labor ha sido simplificada hasta lo inverosímil, pues hemos podido limitarnos a poner a la vista del lector los trozos entresacados de «Barroquismos», concretando nuestro papel a dar beligerancia o cuatro ligeras ironías, ya que para poner en evidencia las visibles incorrecciones del estilo barroquístico, no creimos preciso llegar a la chacota, ni tal procedimiento nos entusiasma, por carecer del indispensable temperamento de bufos.

Véase hasta qué punto llegan las incorrecciones, lacerías y extravismos de los barroqueros, que para ponerlos en evidencia no hemos necesitado más que transcribirlos. En las deformidades a flor de epidermis, en erupciones cutáneas, la vista es suficiente para el diagnóstico.

Por otra parte, además de inoficiosa, hubiera sido insoportable para los lectores la puntualización de todas las faltas que hormiguan en los trozos copiados; entre otras razones, porque nos habríamos visto precisados a irrogar al público la injuria imperdonable de suponerlo incapaz de apreciar los defectos de que tan plagados están los párrafos transcritos.

La tarea de dislocar las frases y exprimir las hasta que destilen sus máculas, se

reserva para cuando éstas no tienen proporciones garrafales; cuando la significación de alguna palabra está mal aplicada; cuando se incurre en alguna cacofonía, hipérbaton o pleonismo; cuando alguna licencia toca los límites del extrarradio, y en fin, cuando algunas reglas son vulneradas a la chita callando; pero cuando hay lechigadas de infracciones, cuando el estilo es completamente caótico, sería preciso sacar a relucir toda la gramática, y hasta nos veríamos forzados a convertirnos en maestros de párvulos, y la verdad es que para tal menester, no faltan, afortunadamente, escuelas de primaria.

Además, ya hemos indicado que no somos decididos ni fervorosos defensores de la gramática: el que escriba ingeniosamente con poca gramática, nos complacerá más cumplidamente que quien tributando una veneración fetichista a las reglas, tenga un estilo soporífero. ¡Ojalá pudiera decirse, no ya de los barroquistas, sino de muchos otros, entre quienes aunque fuera muy a la cola tendríamos a mucha honra contarnos, lo que con injusticia bien manifiesta dijo la eximia Pardo Bazán, del admirable y ático publicista P. Luis Coloma: «No sabe gramática, pero no peca contra la retórica».



VIII

Me tiene de mal talante y preocupado el texto en que Teophilácto refiere la recomendable (?) costumbre de uno de los generales de Mauricio, que la víspera de una batalla gimoteaba como una plañidera, conmovido por el número de víctimas que irremediablemente habrían de resultar.

Mi preocupación es hija de consideraciones que, salvando la inmodestia, conceptúo un tantico morales: Ninguna de las tácticas que he tenido a mano, establece, ni aún aconseja, siquiera por el consabido recurso del padre Cobos, la poco varonil sensiblería del falaguero general macedonio, antes bien, he dado con tácticas como la del pueblo luso, que no es un pueblo de mazapán, donde se consigna esta voz de mando estupefaciente, que debe darse a la vista del adversario, sin duda con la saludable intención de hacerle cosquillas: «Batallones: ¡cara fea contra el enemigo!»...

De aquí deduzco, por arte de birli bir-

loque, que si no soy cardiaco perdido, al menos mi corazón debe tener secretas concomitancias con el pedernal. ¿Que cómo vengo a parar a semejante conclusión? En verdad que es rara; ¿pero no es más raro todavía que yo me dedique a cascarles las liendres a los barroquistas? ¡Pues ahí verán!

Nada sin embargo tan sencillo: si no obstante la nativa rigidez de las leyes que dan al militar una superestructura enérgica, férrea, indomable, consignan las crónicas reblandecimientos excepcionales, como el que relata Teophilacto, es indudable, que lo natural, lo noble, lo humano, es la conmiseración; ya que un general, antiguo por añadidura, no puede sofocar sus manifestaciones desbordantes, a pesar de tener a mano ordenanzas, tácticas y códigos que ponen «cara fea» a entermecimientos, que manifestándose en momentos tan inadecuados, resultan por demás sensibleros.

¡Y aquí asoma ya la consecuencia que me parte por la hipotenusa!

Ya no estoy al principio de una escaramuza, sino en sus postrimerías, en las boqueadas, como quien dice, y por más que haya tratado de plañir, deliberada e

insistentemente, ¡ay!, no lo he podido lograr. ¿Esto no es indicio de tener un tirapié en lugar de corazón? ¿No indica sin lugar a dudas, que tengo completamente atrofiado el sentimiento? ¿No me coloca tan flagrante insensibilidad bajo el nivel zoológico del lacrimoso cocodrilo? ¡He ahí mi cuita! ¡He aquí el motivo de mi honda preocupación!

En vano se pretenderá consolarme con la argucia de que mis pinchazos, ligeros como estocadas de tragedia, no interesan siquiera levemente la epidermis. Será también supérfluo que se me diga, que aunque hubieran de hendir como dagas florentinas o penetrar como floretes de templado acero toledano, el fin que me ha movido a tirarme a fondo, que es el de amparar una dama ultrajada, de tan esclarecido linaje y tantas y tan sonoras campanillas, cual nuestra señora la lengua castellana, no sólo cohonestá mis acometidas, sino que las dignifica y exalta.

No; no me puedo dejar convencer por semejantes amaños; no puedo dar como buenas esas componendas de similar, pues a ninguna causa, por buena que sea faltan esos arrequives, excusas y justificantes. Aunque me esté mal el decirlo,

por lo que pudiera tener de jactancia, pertenezco al foro, y estoy por tanto al cabo de la calle en todo lo que atañe a descargos, circunstancias atenuantes, modificativas y demás alifafes y emplastos curiales; en consecuencia, ninguna de esas consideraciones que fácilmente vencerían a una corsetera, son capaces de mitigar mi honda preocupación; y para ver de suplir ese planto tan rebelde a mi llamamiento, y convencerme de que aún no se ha extinguido mi sentimentalismo, y probar que me horroriza verme en inferior nivel plañidero que el repugnante saurio, he decidido tomar el partido de los barroquistas y defenderlos de mis hasta ahora ardorosas inculpaciones.

Permítaseme, como preliminar inexcusable, una modesta jactancia: soy un hombre serio; tanto, que en este particular no me dejo echar baza de un cuáke-ro; no soy malabarista de cuestiones; ni tampoco soy sucedáneo de Carneades, que tan pronto abrazaba el pro como el contra de una tesis; así, pues, en manera alguna podré contradecirme a sabiendas, por más que hoy, sobreexcitado por este oportuno o extemporáneo sentimentalismo, me muestre, no sólo propicio a la

clemencia, sino inclinado a la apoteosis.

No; en manera alguna saldré por el registro de que la dicción de los barroquistas no es envedijada y rocallosa; no, señor: seguiré afirmando, porque tal es la triste realidad, que con su estilo turbido y sus expresiones pitarrosas, han puesto en tan lastimosa condición la estética, que no la purifican ni con una temporada de baños en la fuente Kassotis. Por otra parte, ¿de qué habría de servir, que ahora, así de sopetón, me contradijera tan flagrantemente, asegurando que su estilo es un primor, su dicción la misma afluencia y sus innovaciones y modalidades literarias el pasmo de las gentes?

Flaco servicio sería el que les hiciera; porque de ese modo haría irrito mi austero desposorio con la verdad; sentaría plaza de equilibrista y de todo ello no deducirían ellos el más mínimo beneficio; porque si no había de preceder a mi novísima actitud, la completa incineración de los seis volúmenes de «Barroquismos», nada adelantáramos, antes bien, andaríamos hacia atrás como los cangrejos y... como los críticos, que sin suficiente preparación, se lanzan a la palestra a enmendar la plana a los demás, enarbolan-

do como único programa, la parodia desahogada de aquel predicador que decía: «Hermanos míos, Dios nos ha enviado al mundo para que trabajéis».

Vislumbro no obstante, un sistemita que obvia las dificultades apuntadas: se me antoja que el camino verdadero es el de recurrir a procedimientos serios; el de ahondar la cuestión hasta dar con el hueso palomo. Mi afán de quitar «hierro» a mis propias implacables conclusiones y esta alta fiebre de benevolencia que me ha invadido, me han sugerido la idea de convocar los cinco escasos sentidos que poseo, para que puestos de acuerdo con mis descabaladas facultades, me proporcionaran la exquisita complacencia, que con anticipación saboreo, de encontrar la agua lustral que haya de limpiar las horribles máculas que yo insensatamente he puesto de relieve, perturbando en mala hora las tranquilas digestiones de los barroquistas, y según me parece, la piedra de toque ya está descubierta.

Dicen de María Antonieta, que tenía tal donaire y gentileza, que todo lo hacía con gracia suma y en todo resaltaba su garbo soberano... menos en el baile. Con toda su gallardía; con su gracia re-

bosante, capaz de encubrir cualquier defecto, no lograba disimular su escasa habilidad para valsar.

Comentábase en un grupo de cortesanos este defecto de la gentil soberana, cuando uno de ellos, mortificado sin duda porque se motejaba a su bella reina, acertó a desagraciarla de su imperfección, con una salida palaciega que la historia no se desdeñó de recoger: «No es culpa de la reina el no acertar a bailar..... es tan solo culpa del compás». ¡Eureka! ¡Esta es la verdadera madre del cordero! ¡Aquí apareció el peine!

Declaro con toda ingenuidad que dió en el clavo el ingenioso cortesano..... y aún más: nadie me quitará de la cabeza, que ese rasgo redhibitorio, no viene como anillo al dedo para exculpar a los barroquistas de los desaguisados que han perpetrado. Sí; sus defectos ¿a qué negarlo? son incalculables, imponderables e inexcusables; hay insondables lagunas de gracia en sus escritos; las venustísimas propiedades de nuestro idioma, brillan por su ausencia en «Barroquismos»; su estilo es completamente anquilosado..... pero la culpa no es de ellos, ¡es del castellano!, que ha tenido la malhadada ocu-

rrencia de emperegilarse con tantos perifollos, reglas y monsergas, que no son anca de rana para nadie, y menos, muchísimo menos para los barroquistas, que sin comerlo ni beberlo, han salido con escaso ingenio y cortas facultades.

Yo que nunca he creído, como Helvecio, que todas las inteligencias son iguales, ¡cuántas veces he dicho con íntimo convencimiento!: si estos barroquistas tuvieran talento, ¡qué bien, pero qué requetebien escribirían!; si tuvieran erudición, ¡qué ilustrados serían y cómo manifestarían su inmenso saber, por encima de cuantas asechanzas les tendiera el idioma, con toda su cáfila de sùmulas, recobecos y enredos! Pero resulta... que carecen de esos pequeños requisitos, de esas nimias cualidades, y la lengua, al fin mujer hermosa y de tronío, se empeña con una casquivanería irritante, en no conceder sus favores sino a quienes la cortejan oferentes con mil requilorios y zarandajas; de donde viene que los pobres barroquistas, queden un tantico desairados y corridos; pero condenados se vean en los quintos apretados quienes por eso los censuren, porque «cada uno estornuda según Dios le ayuda».

Si las manzanas de oro del jardín de las Hespérides están altas como veletas, ¿quién puede racionalmente hacer cargos a los que, como los barroquistas, por su esmirriada estatura no pueden alcanzarlas? La culpa nunca será de los que son bajitos, sino de las manzanas, que tienen la desgraciada humoraña de estar por encima de los cuernos de la luna. En tal emergencia, ¿puede hacerseles cargos a los barroquistas porque las bajen a pedrada limpia y las hagan trizas? ¡No, señor!

El castellano se pone muchas crestas y eso no es llano, ni corriente ni democrático, y hacen bien los barroqueros en quitarle moños. Además, hay que ponerse en lo justo: ¿qué van a hacer los pobres si las uvas están verdes? ¿Se van a dedicar a vender periódicos, pudiendo (?) ellos *confeccionarlos*? Eso no estaría ni medianamente bien, porque es tendencia completamente humana aspirar siempre a lo mejor... por eso es que hoy yo recojo velas a toda prisa y me inclino a la benevolencia; y si mi pluma se encalabrina con ardentía, ganosa de formular frangentes censuras, yo, bien penetrado de que los barroquistas, no es que no quie-

ren, sino que no pueden escribir bien, digo a lo somormujo: «Cepos quedos», que en ocasiones las apariencias suelen engañar.

Encuentro sin embargo en «Barroquismos» ciertos lunares que no puedo disculpar, no obstante haber amanecido hoy tan fúcar y pródigo de exculpaciones; pero hay extralimitaciones que no merecen tuición, porque provienen de inquinas y rencores personales, que como todo lo privativo, no debe rebasar el limbo de la intimidad, en donde al público no se le ha perdido nada.

El regurgitar de pasiones particulares tiene siempre estridencias tan desagradables, que un libro convertido en palenque de insidias, queda descalificado sin posible rehabilitación ante todo lector desprevenido y de juicio sereno. «Barroquismos», como si no tuviera bastante con su bagaje de piraterías literarias, contiene por lo menos un capítulo donde se vierte a caño libre toda la hiel que los autores del libro destilan en la espelunca de sus resentimientos.

Cuando leí las agrestes injurias contra el señor Larrea y las descómedidas alusiones a Monseñor Avila, movilicé a toda

prisa mis desperdigadas facultades, para ver si lograba explicarme la razón de que se incluyera a esos señores en un libro de crítica literaria; pero por más que maceré mis entendederas, no pude dar en el clavo. En vista de tan negativo resultado, y como en mi apartado rincón provinciano se ignoran muchas cosas, o por lo menos yo las desconozco, me di a indagar lo que habría en el fondo de esta cuestión nada literaria, y encontré que había mar gruesa... ¡qué digo mar gruesa, una verdadera cellisca!

Por mi honor declaro que jamás he hablado con el señor Larrea, a quien ni de vista conozco, y que, por consiguiente, ningún sentimiento personal influyó en el movimiento de extrañeza que me produjo el ver que tenía vía libre, en un libro de literatura, la invectiva rahez contra una persona que no cultiva las letras y que en consecuencia está exenta de enquistes plumíferos.

Fué al manifestar mi sorpresa profunda por la virulencia y letalidad de esas injurias, traídas verdaderamente por los cabellos, cuando supe que el señor Larrea es una persona estimabilísima; respetable por su alta posición; venerable

por las múltiples y limpias ejecutorias que lo rodean de envidiables prestigios ante la sociedad y el gobierno; pero... que tenía el *barroquismo* de haberse mostrado inflexible con uno de los barroqueros, de quien es jefe, y a quien ha hecho sentir más de una vez su autoridad, según se me aseguró, sin agravio de la justicia. ¡Comprendí sin más explicación que los denuestos contra el señor Larrea tuvieran intención más torcida que cuerno de cabra!

Pero a pesar de comprenderlo, todavía me pregunto asombrado: ¿Es esta la norma a que se ajusta el espíritu literario de «Barroquismos»? ¿Es en este tarquinal donde vamos a encontrar la ecuanimidad, seriedad y autoridad que deben derrocharse en un libro, que por ser de crítica, aunque sea de la más burda, urge que aparezca sin conexiones con la pasión y la injusticia? ¿Puede semejante libro considerarse como obra de literatura? ¿No es más bien un dicterión? ¿Qué juicio se formarían de nosotros más allá de las fronteras, si ese... libro fuera capaz de trasmontarlas? ¿No quiero ni pensarlo!

Como aseguré no conocer al señor Larrea, asimismo declaro que tengo el ho-

nor de conocer a Monseñor Avila. Aunque soy un pobre abogadillo, me codeo con personajes de alto bordo. ¡Pues no faltaba más! Con ocasión de hablar de algunos asuntos profesionales, he merecido que repetidas veces me reciba en su palacio el señor Obispo. Eso no obstante, fuera de sus amabilidades y atenciones finisimas, que no puedo menos de agradecer, nada le debo ni nada espero de él.

Es más; hasta he rehusado encargarme de algunos asuntos profesionales que ha querido confiarme bondadosamente; de modo, pues, que no me ocupo de él por interés, ni por reconocimiento; y que, al contrario, por ocuparme de su persona, es fácil que me saque la lotería de ser considerado o tachado de clerical... pero a mí las clasificaciones baratas no me producen ni un ligero resfriado: también dirán que soy amigo de Reynolds o Loaiza, por citar los más conspicuos vapuleados de «Barroquismos»... y sin embargo no hay tal: conque adelante, y sin mirar atrás, como la Aquilia romana.

Monseñor Avila, «cuyo solo nombre elogio es asaz», ha llegado a su encumbrada posición, empujado por sus múltiples merecimientos, y sólo a los barro-

queros les puede caber en la cabeza, que como muy vacía ha de tener alguna capacidad, que debe a ellos su elevación, en todo, en parte, directa o indirectamente; cuando sabe todo el mundo, que su personalidad está timbrada con las más sobresalientes ejecutorias. ¡Es para desmayarse de risa con la ocurrencia de los barroqueros!...

Monseñor Avila tiene el título de abogado—¡vaya unos coleguitas que me tengo!—; su carrera eclesiástica es de las más brillantes; es un cumplidísimo hombre de sociedad; sus virtudes son del dominio público, y antes de escalar su elevada jerarquía, ocupó siempre puestos que revelaban la confianza y estima en que los superiores le tenían. ¿Y es de una personalidad de tal relieve y de méritos tan distinguidos como unánimemente reconocidos, que se atreven a hablar los barroquistas, en un tono vocinglero y original, y en un libro que ni de lejos tiene relación con asuntos eclesiásticos? La verdad es que «Barroquismos» no necesita de estas panfletarias chocarrerías para caerse de las manos. Conque... átamelos pies, que no puedo dar un paso, ¿verdad farfantes?

No llega sólo hasta ese extremo lo... exótico de «Barroquismos». (¿No es cierto que en materia de eufemismos no me da el naípe sino ases?) La hibridación de asuntos sería la característica de los barroquistas, si su obra no estuviera tan fuera de literatura. Hay artículos, uno de ellos narcotizante, que tiene con la crítica la misma relación que tengo yo con una bayoneta calada.

Si «Barroquismos» fuera una revista, sería natural que abarcara esa diversidad de materias, y que en la sección necrológica se diera cuenta de la muerte, por cierto muy sensible, de la señorita Isaura M. Ríos; pero en un libro de crítica literaria, encaja lo mismo que una marcha fúnebre en un baile; tanto más, cuanto que a los grandísimos atunes no se les ocurre siquiera denostar a la parca fiera por el flagrante desacierto de segar en flor una vida tan preciosa. Nada de eso, pues cuanto les sale del magín es, que no contentos con ver muerta a la señorita, todavía le dedican unas líneas completamente pedestres. ¡Pues vaya un alivio de pena!

El artículo «Apotegma de Manú», no sólo no compagina con la tendencia crí-

tica del libro, sino que rezuma tal ordinariéz, que resulta de una grosería insultante para el bello sexo. ¡Cómo será, que no obstante el esmero que siempre pongo en maquillar todas mis calificaciones, para que sean más cultas que acento circunflejo, estampo deliberadamente las de «ordinariéz» y «grosería insultante».

El artículo de largo kilometraje—¡veintitrés páginas!... ¡como que me contagiaron de ese defecto!—titulado «La Mujer», es un verdadero revulsivo. La salacidad que destila no es simplemente pornográfica, que es nauseabunda. Mantegazza, que trata en libros de índole investigativa, la inmensa mayoría de cuestiones que nos presentan los barroquistas como novedades, jamás desciende tanto... y es que esas y otras menudencias, pueden tratarse... pero buscando la manera de que siquiera huelan bien, porque si no, hasta los chinos echan mano a la nariz y aprietan el paso, mirando hacia los barroquistas más oblicuamente que lo establecido por la costumbre... de los chinos naturalmente.

Tampoco ha podido menos de llamarme la atención, que mutuamente, y sin dárseles un ardite, se prodiguen los pe-

dazos de... barroquistas, sendos y sonoros piropos. ¿No tienen abuelita, amigos?... Pues les doy mi más entusiasta parabién, porque así se despachan a su gusto y se dicen mutuamente monerías, que la abuelita nunca les hubiera dicho, aunque la cegara el amor.

Pero todavía hay algo más, y más curioso—¡nada más que esa flor le faltaba al ramo!—y es, que autores censurados por uno, son aplaudidos por el otro y... viceversa. ¿A cuál de los dos se puede seguir en esos casos, al Zoilo que silba o al Mecenas que ensalza? La pregunta la hago, poniéndome en el caso hipotético de que fuera imprescindible—*libera me Domine*—seguir a alguno de ellos; pues claro está que todavía no tengo la cabeza tan echada a perder que haya pensado en sumarme a cualquiera de ellos: ¡ni por equivocación, amigos carísimos! Mientras yo tenga sólo dos órganos motores, no me arrimo a ninguno de esos *pejes*... porque los dos son peores...

¡Pero, carape, ya me olvidé que me había propuesto no emplear hoy un estilo soslayado! De veras que lo siento, pues ese magnánimo proceder, tenía por objeto, predisponer al público a que apli-

case idéntico rasero a mis indigestos escarceos. Pero esos malhadados barroquistas, no contentos con estropear el idioma, me han estropeado también la combinita, que para merecer indulgencia me había sacado mismamente de la cabeza, pues aunque parezca mentira, yo tengo casi un remedo de cabeza y no una alcuza como tienen ciertas personas... según las muestras... ¡Pero ya mi combinación se la llevó pateta!

Como sepultaron a los enterradores de Alarico juntamente con él, así me veo yô sepultado con los barroquistas. Lo siento... más que todo, por la compañía; pues por lo demás, como muy bien dice el Dante: «Un bel morire, tuta una vita honora». ¿Y qué muerte más bella que la de perecer por haber cavado, siquiera toscamente, la fosa donde irán a parar los barroquistas?

A buen seguro que Sansón, momentos antes de sucumbir en amable comparsa con los filisteos, se chupó el índice de puro gusto; pues... aunque yo disto una barbaridad de ser Sansón, y aunque tampoco me chupo el dedo, por ser hoy en día una gorrinería, lo que es el gustico del célebre gigante, sí que me anda a

trote largo por todo el cuerpo... aunque bastante aguadillo por la perspectiva de los compadres con quienes tengo que ayuntarme para la «partenza», en castigo a los imperdonables estropicios, que mal podría escudar alegando la perentoriedad con que he hilvanado estos renglones; pues aunque por la premura pudiera indultárseme de ciertas ligerezas, no así del terrible deslabazamiento con que están pergeñados mis... ¿me permiten ustedes llamarlos artículos? ¡Ah, sí? Bueno, pues muchas gracias... y me despido de todos, con la formulita de los cartujos, que me viene como de encargo, con sólo una modificación personalísima: «Hermanos, morir tenemos»... para que haya un latoso menos... ¡Amén!

IX

Señor O. Raé: Veo que es usted un guasón hasta la punta del pelo... y también una miagica mal intencionado. ¿Verdad que lo he calado? ¡Tengo un olfato de perdiguero que da gusto!

Se dijo usted, sin duda alguna: «Si a ese bolonio de E. Roa lo llamo «ilustr^ore contracrítico e ingenioso analizador» de esperpentos literarios», por muy cafre que sea, me contesta; y si me contesta, no se queda burlado el verso cuyo análisis le pido; y de analizarlo, a no ser que Roa resulte más beocio de lo que él mismo se declara, la enjundia del tal versito se la refriega a Criales y Céspedes... que es precisamente lo que yo busco».

¿Verdad que el sorites está perfectamente hilvanado y que usted lo masculló más o menos en esos mismos términos, antes de enviar su amable carta a «La Verdad»? Sí, hombre, sí; no vale hacerse el inocente, que bien se colige lo que significa y lo que busca el versito

que somete usted a mi disección... que comienzo muy pimpante.

Principio manifestándole que si la estrofilla es suya, es usted acreedor a un buen apretón de manos, que no seré yo quien se lo escatime, por el ingenio... y el aseo, ¡y no es pulla!, con que les significa usted a Criales y Céspedes, que son unos gorrinos, claro está que como literatos, pues como particulares, siempre estarán a cubierto de esas cuchufletas:

Seis dedos, si mal no cuento,
tiene en cada pie Murguía;
los cinco de reglamento
y un dedo de porquería.

Claramente se ve que usted, por la fuerza del consonante, se vió obligado a sustituir los apellidos de Céspedes y Criales por el de Murguía; pero cualquiera que entienda un poquitín nada más de balística, sabe a donde alcanza el tiro..... y la intención, que es de las de, ¡sálvese el que pueda! ¿No es cierto que las cojo al vuelo? ¡Si soy más listo que Carracuca!

Le ruego permitirme que en un pequeño detalle no me muestre del todo conforme con usted: disiento de su cálculo, tanto en lo que atañe al «dedo de por-

quería», cuanto al número de los dedos restantes, que en los barroquistas no son los reglamentarios. Si tuvieran ellos sólo un dedo de porquería, ¿cree usted que para removerla hubiera yo necesitado nada menos que de ocho faenitas, alguna de ellas más que regular, ya que no en la calidad, sí en la cantidad? ¡No, señor!

Yo le aseguro que tienen más de un dedo de... «eso»; y por consiguiente, si no marran las cuentas, o tienen a la fuerza menos dedos de los reglamentarios, o sino, al sumarlos con «los otros», ha de resultar cada pie con ocho o nueve dedos... y la verdad, eso no estaría bien, porque tantos dedos harían un pie disforme; por consiguiente, hemos de convenir, en que los reglamentarios no se los adjudicaron completos a los barroquistas, y que ellos han estudiado la manera de suplirlos con «aquello».

Para que un detalle tan insignificante de pedestre apreciación no turbe nuestra buena armonía, quiero, con el fin de que nos pongamos de acuerdo, como deseo estarlo con persona tan ingeniosa y tan fina—¡lo que es llamarlo a uno «ilustre contracrítico», eh!—rimar mi correspondiente estrofilla, en obsequio a la suya...

y en obsequio a la contabilidad, que es el único punto en que desgraciadamente diferimos hasta ahora:

Como a Céspedes y Criales,
Dios, que ya se suponía,
lo que serían los tales,
para ver si los hundía
no les dió dedos cabales;
ellos, que son muy vivales,
los suplen con porquería.

¿Queda solucionada nuestra pequeña diferencia, querido señor Roe? Así lo espero y de ello me congratulo.

Al ver el uso indebido aunque invertido que en su seudónimo hace de mis iniciales, dije para mi capote: «Este señor Roe me ha birlado mis iniciales y ha hecho con ellas ese trastrueque, sin duda alguna para significar que les «roe» los zancajos a los barroquistas»; pero, ¡que si quieres!, el que ha tenido que roérselos he sido yo, porque usted más bien les aumentó la ración—¡que buen provecho les haga!—con lo cual no crea usted que se hubieran quedado poco satisfechos los barroqueros; porque, lo que ellos dirían: «Un favor y un disfavor: tendremos, si se empeñan, un dedo de porquería literaria, pero los cinco regla-

mentarios, ya viene por ahí uno que los reconoce»; y eso no, ¡vive Dios!, que como tengo demostrado, ni tienen uno solo de lo que usted sabe, ni dos de frente, ni cinco reglamentarios para poder echárselas de críticos.

Por lo demás, mi casi homónimo señor: el versito en cuestión me resulta muy ingenioso... Paréceme, sin embargo, que el mérito de usted se reduce tan sólo a la oportunidad de habérmelo remitido, como para proveerme de material en la liza que vengo sosteniendo; pues aunque tengo tan poca memoria como el endemoniado de Dickens, me parece recordar que la estrofilla susodicha debe ser de Narciso Díaz de Escobar; pero si estoy equivocado y no es de él, y es por el contrario muestra lozana de su ingenio, lo felicito por la vis cómica que revela, y hasta le encargo me remita al buzón de «La Verdad»—con permiso del popular diario—cualquier colección que tenga de su cosecha, pues, obligado a residir fuera del país a causa de mis estudios, como ya queda indicado, apenas si conozco las producciones nacionales, y me gustaría saborearlas... sobre todo, a precio tan al alcance de cualquier fortuna.

Crea usted que no me anima la perversa intención de darle una solfa; pues aunque su obra, como humana, adolezca de defectos y me dé por emitir algún juicio crítico, nunca será tan disparatado como el de nuestros queridos cofrades Criales y Céspedes. ¡De eso estoy segurísimo, a pesar de mi vacuidad!

Y dígame, señor Roe: ¿cómo se atreve usted a llamar «esperpentos literarios» a las fantasías árabes de «Barroquismos» que estoy zarandeando? A mí me sabe tal calificativo a golosina de oidor, porque veo que ya se van atreviendo con esos jaquetones; pero ¿no le da miedo, de que al sentir el pisotón que les da usted en el callo, se revuelvan airados y le escalden vivo, con el «aseo» con que ellos acostumbran hacerlo?

Lo que es de mí, sé decirle, que «vivo sin vivir en mí», y esperando la contestación que me van a atizar. ¡Uy, qué miedo: me fulminan sin remedio! ¡Me vulneran hasta el occipucio!... Por más que hasta son capaces de no darme beligerancia..... Encastillados en su alta torre de seis almenas—los seis volúmenes de «Barroquismos»—puede que tengan arrestos de creerse invulnerables y de figurarse

sus mercedes, que el descender a medir sus armas con un gozquecillo, sería notable desdoro para tan altos críticos.... a la escarlata. ¡Ay, ojalá sea así, porque tengo un pánico a su jerigonza, que ni como, ni duermo, ni descanso, figurándome que ya se me viene encima, zumbando como cínife, esa prosa de pelanduscas (1).

Luego esa desventaja en que las circunstancias me colocan, de que puedan abrasarme a dos fuegos, ¿es acaso mocho de pavo? Razón tengo y muy sobrada para vivir acuitado... por más que ahora es un consuelo saber que no puede «funcionar» Criales; de modo que de salirme al encuentro, será sólo Céspedes. ¡Ay mi madre, qué horror!...

Le extrañaba a Esquilo que un ave comiera a otra ave, pero en esta circunstancia, si me acomete Céspedes—¡libreme Dios!—un abogado comerá a otro. Claro que el comido he de ser yo—¡pobrecito mío!—y de ese modo, Céspedes me tendrá que agradecer la ocasión que le voy a deparar, de pavonearse con Criales y decirle, cuando le eche la vista encima,

1. Ni zahiriéndolos de este modo logré que antes de mi partida contestaran.

aquellas palabras de Enrique IV después de la batalla de Arques: «Valiente Cri llón—a poco más, Criales—ya puedes ahorcarte: sin tí nos hemos batido en Arques».

Hablando así en confianza, ¿de veras señor Roe, que no tiene usted miedo de que le toque algún chinazo del trabalenguas barroquista? Pues si es así lo felicito. ¡Es usted un hombre de pelo en pecho y muy bragado!... ¿No podría usted darme la receta?, porque lo que es yo, a pesar de la tila que en estos días voy consumiendo, vivo nervioso y sobresaltado, especialmente desde el día en que, sin saber que teníamos aquí a Criales, di con él de manos a boca: ¡aquel sí que fué susto; lo demás es agua de borrajas! Menos mal, que por ahora estará unos días a la sombra, que si no, ¿cómo iba yo a respirar sosegadamente?

Deseo, señor Roe, que su amable carta da «La Verdad» no le cueste alguna túrdiga... y deseo también que me remita, siempre por mediación de «La Verdad», porque tengo miedo de descubrirle mi domicilio, toda la provisión de valor que, según parece, tienen tan de sobra como yo de falta.

X

Cuando recibí, enviados sin duda por algún amigo, dos números de «El Diario», donde con gruesos títulos vi este desmayante epígrafe: «E. Roa puesto en fusas», exclamé despavorido: ¡terremoto tenemos!; y cuando merced a un supremo esfuerzo logré rehacerme del amago de colapso que me sobrevino, para buscar la firma de aquel kilométrico, y leí, «Abel González», es decir, Isaac Criales, vociferé fuera de tino: ¡muerto soy!, y sin más ni más fui víctima de un síncope tremendo.

Gracias que al desplomarme fuí piadosamente recibido por una butaca, que si no, el testarazo hubiera sido tan terrible y sonoro, que, como salió Felipe II al balcón de su palacio para ver si divisaba las murallas de Cartagena, cuyo costo le pareció como para que fueran tan desmesuradas que se vieran de todo el orbe, así ahora, tal hubiera sido el estrépito de mi caída, que todos los miembros de la Con-

ferencia de la paz, prismático en mano y demudado el semblante, hubieran salido presurosos a los balcones para ver qué sucedía en el Pacífico.

Pero caí en blando, recuperé poco a poco el conocimiento, y viendo un periódico que al alcance de mi mano estaba, sin acordarme ya de que había sido la causa de mi desmayo, comencé a leerlo, sin darme cuenta que de mí se ocupaba, y tal fué el acceso de risa que tantos dislates reunidos me produjeron, que aunque prontamente me apercibí que de mí trataba, continué abrochándome columnas y más columnas del maravilloso engendro.

¡Qué mal papel
Le plugo hacer
Al pobre Abel!

fué cuanto se me ocurrió decir cuando hube terminado; y aunque el comentario no podía ser más lacónico, lo expresé en verso, ya que tanto le gustan mis rimas al pobre Isaac.

Y ahora, mi querido Isaac, permíteme una súplica y una pregunta. La súplica te la hago con un encarecimiento inmenso: deseo de todas veras que escribas

otras diez medias columnas, y si son precisas más, miel sobre hojuelas, explicándome lo que has querido decir en las diez medias—¿caladas?—que me lanzas desde «El Diario»; porque sea por ese tu admirable estilo de picapedrero que jamás dejaré de envidiar; sea porque te elevas demasiado en tus lucubraciones, olvidándote que te diriges a simples mortales, el caso es que nada he comprendido de tu interminable «yaraví», excepción hecha de los párrafos que tanto me han regocijado, y aquellos otros, en que para mostrarte completamente de acuerdo conmigo, te agarras a los faldones de Navarro Ledesma.

Viene ahora la pregunta, que.... no creas, me va a costar desfundarla, de modo que se vea mi afán de extremar el comedimiento: dime Isaac... ¿Quién te metió a escritor? ¿Quién, después de meterte «a eso», todavía te alienta a continuar, o no te dice al menos que pares la carreta? Pues sábetelo, Isaac, que sea quien fuere, no te quiere bien, porque de no ser así, ¿cómo iba a cohonestar, al menos con su silencio, el ridículo en que te pones cada vez que enristras la pluma?

Mira, Isaac, «del enemigo—o sea del

contrincante—el consejo»: no escribas más; fijate que no es posible tener tan marcada proclividad al desatino..... Advierte que no dices nada con sentido; que además, lo dices todo diabólicamente enrevesado; que por añadidura, haces reír cuando te irritas; das la razón cuando crees rebatir y pulverizar el argumento del contrincante, y finalmente, después de escribir diez medias columnas, es preciso rogarte que escribas por lo menos otras diez, explicando lo que quisiste decir, porque los lectores se quedaron en la higuera. ¿Verdad que es el colmo? ¡Pobre Isaac: todo por haber errando la vocación..... teniendo tan buenas condiciones como tienes para haberte matriculado en la cofradía de Vulcano, según puede traslucirse del exquisito oído y sensibilidad de quien escribe con la eufonía que tu derrochas!

Y vengamos ya, que es tiempo, a los poquísimos trozos del artículo de Issac que he logrado entender: «En literatura ¿es lícito ajustar en metro un pie dislocado? ¿es crimen apercibir al principiante que no mezcle los yambos con anfibraeos, los dactilos con anapestos en una misma estancia?»

¿Quiéres que yo mismo conteste a tus preguntas, querido Isaac? Nada de eso es delito, ni jamás he conceptuado que lo sea. Como a bordo no tengo la colección de «La Verdad», y aunque la tuviera, yo no releería mis propias producciones, por más que me lo ordenase el capitán, no podré citar textualmente mis palabras, pero sobre poco más o menos dije: «Aún ejerciendo la crítica con imparcialidad y suficiencia, si el crítico es mal escritor, pierde toda prestancia y autoridad». Ciñéndome a esa idea, no censuré a los barroquistas el hecho de criticar, aunque pluscuamperfectamente mal y rutinariamente, sino el escribir en estilo tan astroso é insufrible.

Continúa el pobre Isaac: «Con el aire más zumbón del mundo dice E. Roa, que el soldado para cuadrarse debe saber la gramática; que la cocinera para alcanzar dos fritangas debe hacerlo con gramática; que el pésimo barrido de la puerta de la calle es contra la gramática».

¿Dónde, cuándo y cómo dije semejantes desatinos, Isaac carísimo? Claro que de haberlos dicho, hubiera sido en castellano bastante más aceptable que el de Isaac, pero ni así ni de ningún otro

modo he dicho tales chifladuras. Isaac: se ve que el oficio de escritor te va a conducir a un manicomio, pues el desbarrar de esa manera, ya es manifiesto indicio de que no coordinas bien; ¿o será, acaso, que tienes tan desmedida afición al mostagán como a la literatura, y *por eso* se te escapa el hacha sin saber cómo ni cuándo? No se explica de otro modo que pierdas los estribos tan lamentablemente, que llegues a atribuirme lo que ni en el pensamiento tuve jamás.

«Estamos de acuerdo, gime el pobre Isaac, con el eminente filólogo español Navarro Ledesma que las infinitas reglas gramaticales no sirven más que para encalabrinar el cerebro de los estudiantes».

¡Pues apaga y vámonos! Si estás «en eso» ¿por qué has dedicado toda tu vida a ir contra la corriente de tus propias convicciones? Si estás «en eso», ¿por qué te sorprende que yo, opinando como opino con mi malogrado paisano, haya restallado mi látigo contra los que todo lo reducen a gramática y sólo gramática, olvidando que lo primero para un guiso de ternera, es la ternera? ¡La verdad, no comprendo tu salida..... aunque sí me la explico!

Tú nunca has creído «eso» que dices, Isaac; pero ahora te han convencido mis artículos, de que la gramática sola de nada sirve, mas por no atribuirme tu nuevo modo de pensar, echas mano de Navarro Ledesma. ¡Cómo ha de ser!

Pero sea como fuere, lo interesante es que ya piensas bien. Según «eso» ¿cuándo vas a disponer que el fuego haga de las tuyas con «Barroquismos?» ¡Que sea pronto, hombre, que sea pronto, porque mientras no lo hagas, no creeremos en tu nueva profesión de fe!

«Los versos de sus defendidos (de E. Roa) quedan como antes, peor si cabe, puesto que los barroquismos subsisten».

¡No digo yo que estás perdiendo visiblemente el escaso cacúmen que te tocó en usufructo! ¿Quiénes son mis defendidos, Isaac? ¿Cuándo, ni dónde, nombré o aludí a uno siquiera? Y no fué ciertamente, porque no encontrara algunos defendibles, sino porque no quería que mi campaña tuviera visos personalistas; por eso en vez de entrar en liza a favor de poeta determinado, entré en pro de la poesía y del buen gusto que tú afrentabas con tanto escarnio.

«Arremete E. Roa sin piedad al pró-

jimo que no le dió motivo alguno—a mí, ciertamente que no, ¿pero a las letras?— porque para abrir una polémica atenta y sensata no había necesidad de amoscarse ni herir con saetas envenenadas».

¿Eres tú, quien esto ha escrito? ¿Eres tú, pobre Isaac, quien habla de polémica atenta y sensata? ¿Y es a mí a quien diriges semejante reproche, cuando he llevado mi comedimiento hasta un extremo inverosímil?

Tu resquemor debe provenir, sin duda alguna, de haber dicho en mi segundo «Solfeo», que tu fotograbado, puesto al frente de «Barroquismos», como colaboración me parecía poco y para ornamentación aún menos; pero... esa misma falta, única que puede enrostrárame, tiene tantas atenuantes que no se me debería tomar en cuenta. Cualquiera que no hubiera sido yo, al ver aquel endriago, exactísima reproducción de Picio, te hubiera gastado cuatro chirigotas que te habrían hecho la misma gracia que el afeitarte en seco. Yo, en cambio, envainé cautelosamente las cuatro bromillas sugeridas por tu estampa, y ahora resulta que aún no he sido lo bastante atento con Narciso..... quiero decir, con el

pobre Isaac. ¡Mala suerte que tiene uno!

Un extremo hay que no te puedo dispensar, Isaac. Blasonas de haberme dirigido «cuatro tiquis miquis con limpieza y educación»..... ¡Tú, Isaac, te atreves a hablar de educación y limpieza!..... Me bastaría reproducir sólo cuatro o cinco frases tuyas, ¡muy tuyas!, para confundirte, si es que tú eres susceptible de confusión; pero no quiero que en un artículo mío aparezcan expresiones tan crudas, ni por vía de probanza. Y no creas que ni a mí, ni a nadie, haya podido extrañar tu vocabulario; eso no, que la extrañeza significaría honor; pero sí me extraña, y extrañará a todos sin duda alguna, que tengas la valentía de invocar limpieza y educación... ¡Tú, Isaac!

Si no fuera por esa tu desautorizada invocación, yo no hubiera ni aludido a tus pintorescas expresiones, porque al fin y al cabo, sé ponerme en lo justo y me hago cargo de que no podía saberte a confitura, que después de tan largos años de absoluto y pacífico dominio de un sector literario, venga un ave de paso, y sin más móvil que desagrar a la lengua y distraerse un poco, de un soplo te haya derribado del pedestal que con-

siderabas incommovible. Cualquiera se muestra disgustado con una fechoría de tal calibre, y tú más que ninguno, y por de contado con más destemplanza, porque es tu actitud ordinaria..... ¡y tan ordinaria de veras!...

Y cuenta que todavía no has salido completamente de tus casillas, porque más adelante me encuentro con esta admonición: «le avisamos a E. Roa que no nos tiene la paciencia, porque sería el colmo, y no hay cuerpo que lo resista». Dime Isaac, ¿qué se requiere para tentarte la paciencia? Lo pregunto, porque yo me figuraba que después de tantas cosquillas como te llevo hechas, ya tendrías la paciencia agotada, y me encuentro con que aún no te he tentado. ¡Pues no eres nadie aguantando mecha! Prometo no seguir tentando tu paciencia, con tal de que me expliques lo que has querido decir en tus diez medias columnas de prosa... ¿De prosa dije? Pues pido perdón a la prosa, porque la tuya no es prosa ni cosa parecida, sino la disonancia en connubio con el desatino.

Si otra vez te ocurre castigarme, por el desmán de haberte probado hasta la saciedad, que tienes más de Adonis que de

escritor, no dispares con tan mala puntería que hagas pagar a otro por mí; pues en tu artículo, como en el Polonius de Shakespeare, otro perece por mí, y ese otro no se necesita ser zahorí para suponer que es el castellano; con lo cual me torturas doblemente, porque prefiero ser despedazado por perros como Acteón, antes que soportar, sobre tus injurias, el ludibrio de tus disparates literarios. ¡Por Dios, no me asestes ese vocabulario tan desmarrado, porque fenezco!... ¡Eso quisieras tú!... ¿no es verdad Isaac?

No quiero terminar sin pedirte excusas por lo que pueda tardar en contestar cualquiera otra deflagración tuya. Ya ves, para cuando llegue a Madrid y venga desde allí mi acuse de recibo, transcurren sus días; pero no creas nunca que soy capaz de desairarte—¡buen grano te ha salido en el cogote!—; tardar sí, pero desairarte, ¡eso no! Despáchate a gusto, Isaac, que con tal de que me manden a la Villa del Oso tus engendros, ya te vendrá canela, ya... ¡y preparada para la exportación!....

XI

La deflagración que me dispararon los barroquistas al darse cuenta de mi embarque, no merecía en realidad los honores de la redargución, que si a pesar de eso le otorgué sin vacilación, como puede verse por el precedente artículo, fué más que todo para que les fallara el regodeo que les producía la calculada impunidad, y también porque me figuraba que sería ese mi último disparo; pero ahora, ¡pese a tal!, me veo precisado a acordarme nuevamente del santo de su nombre, porque sabiéndome tan lejos, han vuelto a reincidir los barroqueros en un galimatías, que en algunos de sus incisos creo conveniente sopesar.

No salió mal augur mi prologuista, no; pues en cuanto a mansalva han podido acometerme, no se han mostrado tan cortos y perezosos en sacar las uñas, como diligentes anduvieron en recatallas, precisamente cuando mi presencia debía haberles servido de aliciente

para desfogar sus iras. Conviene advertir para mayor prez de la pupila de Oyanguren—¡alábate puerro!—que el prólogo en que previó que sería atacado por la espalda, fué escrito y publicado a continuación de los solfeos que dediqué a los barroquistas.

Fué necesario apelar a tan expeditivo recurso, para evitar que un justo pagara por este pecador. En efecto; no bien se habían publicado cuatro o cinco de mis artículos, cuando ya los barroqueros, y también muchos escritores, dieron en suponer, enalteciéndome cuanto es dable con ese modo de señalar, que tras el seudónimo de E. Roa debía ocultarse cierto eminente literato de la Compañía de Jesús. Así las cosas, era punto de delicadeza evitar que si los barroquistas arremetían, fuera a sufrir la acometida el ínclito religioso, a quien sin conocer personalmente, venero por su alto predicamento literario. A eso, pues, obedeció que mi *alter ego* escribiese el prólogo de este librito, cuando acaso no había pensado todavía la librería de Alvarez y Yurrita proponerme que coleccionara estos pasatiempos.

A la réplica que dediqué a la cata-

plasma que alentados por mi ausencia se atrevieron a publicar, contestaron los barroquistas centuplicando las atmósferas de encono, alentados naturalmente por la mayor probabilidad de que yo no leería, ni por consiguiente contestaría su engendro. Pero también esta vez les falló el cálculo, pues un buen amigo me remitió a España la tumultuosa aunque anodina perogrullada. Empresa de romanos conceptúo la tarea de rastrear entre tanta vaciedad algo que pueda contestarse, pero así y todo no desisto de darle un pequeño recorrido.

Si los cavernícolas tuvieron estilo literario, no me cabe la menor duda de que actualmente son Criales y Céspedes los únicos legítimos usufructuarios de su portentosa galiparla. Cualquier reparo que pudiera asaltarme sobre esta concomitancia ancestral, lo han desvanecido con el tono hervorescente, la capitosa nebulosidad, el derroche de cascote y la orgía de dislates de que está plagado su pintoresco desahogo. Claro está que he de prescindir forzosamente de todas esas espumantes pasmarotadas, obligado por mi arraigada afición al aseo. Así pues, omitido cuanto el buen gusto exige que

se omita, despacho enseguida lo demás, *porque de lo demás* nunca hay disponibilidades en ningún escrito barroquero, y menos en el que voy a solfear.

Manifiestan esos catecúmenos en literatura un deseo vivísimo, que bien hubieran podido llamar *inocente celada*, de conocer la profesión de fe literaria que me permite tratar con tanta indulgencia a sus numerosas víctimas. Por obtemperar a ese capricho barroquista, voy a hacer mi profesión de fe literaria, aunque el tono gaudial empleado en estos escarceos desafina con cualquier profesión de fe, y disuena con toda seriedad, deliberadamente descartada desde un principio, por creer sinceramente que a estos críticos liliales no puede tomárseles más que en broma.

Mi credo literario está hecho, y en cuatro palabras: «soy clásico, aunque no de ese clasicismo que es inasequible materia de recóndita erudición, sino del clasicismo que manteniendo la nobleza de estilo y dando con ella indicio de su alcurnia, deja no obstante espaciarse al genio poético». Inspirado en esta amplitud de criterio, que está lejos de confinar con la manga ancha, las máculas que a estos

robinosos críticos les parecen dignas de horca y cuchillo, las tengo yo por normas aceptables y en ocasiones hasta laudables.

Cualquiera, después de leer esta declaración, deducirá con mucho acierto, cuán deslabazadamente tienen que escribir los barroquistas, para que sobrepasando las sumidades de mi amplia tolerancia, me hayan lanzado a una inflexible aristarquía, que aunque he cuidado que en ningún caso se haya rodrigado con la ordinarez, no he podido evitar que hasta cierto punto haya resultado un tantico severa.

Dicen también los barroquistas, que a sus criticados los he circundado con aura de innovadores, pero que se congratulan al saber que su patria posee tan rica generación de reformadores. ¡Ironías no, apreciables truchimanes! En su país, «desde el Papa hasta el que no tiene capa» —ya ven con cuánto cuidado evito referirme a determinado escritor—no son más que discípulos del genial innovador Rubén Darío, hijo del hermoso país de los lagos, de ese país queridísimo que siempre añoro. Como continuadores de Darío, algunos por cierto bastante afortunados,

siguen ciertas modalidades del egregio poeta, que vulneran sensiblemente el pragmatismo oficial, aunque nunca llegan a colindar con los graves desacatos que los barroquistas irrogan a esa misma tradición, con sus irritantes y frecuentes descarrilamientos; sin que en compensación puedan ofrecer un giro, una frase, un pensamiento, un idea que los redima de sus imperdonables yerros: *esta y no otra ha sido la cuestión batallona de todas mis alacres acotaciones.*

● Aún dicen más los barroqueros: «concediendo que nuestros criticados tengan todos talla de reformadores, no vemos por qué han de hacer caso omiso de las reglas y buenos usos». ¡Palabra de honor, que si tuviera más a mi alcance a los barroquistas, les arrojaba unas cuantas solanáceas, por tan peregrino modo de argüir! ¿Será posible que *eso* les haya salido de la cabeza?

Ante todo conviene advertir, que ninguna de las víctimas de Criales y Céspedes hace caso omiso de los buenos usos y de las reglas, pues no exigen tal cosa las nuevas normas que profesan. Infringen ciertamente algunos preceptos que aún están en vigencia. ¿Pero es que un

innovador, o discípulo de innovador, que para el caso es igual, debe respetar todas las tradiciones y preconizar todos los usos? Si así fuera, nunca hubieran caído en desuetud estilos que los mismos barroqueros llaman hoy arcaicos. Si esas infracciones son delitos de lesa majestad, ¿qué es innovación, qué es reforma? ¿por qué ya no escribimos como Garci Fernández de Yereña, el Beneficiado de Úbeda, Pero López de Ayala, el rey Alfonso XI, Macías, Manrique, Santillana y Alvarez de Villasandino?

El reformador ha de desechar si ha de sustituir, si ha de renovar; y eso han hecho antes que los modernistas, no pocos que hoy son patriarcas del clasicismo. ¿Quién, a no ser los barroquistas, quebrantó jamás tanta regla como Lope de Vega? Nadie en verdad; pero nadie tampoco introdujo tan artísticas normas. El que crea, el que innova, el que amplía, fuerza es que deseche, quebrante y destruya. Filtrar, aquilatar, limpiar, ensanchar, indican perfeccionamiento, purificación, progreso, y claman por alguna supresión: reglas fósiles o escorias nocivas, ¿qué más tiene? El *nihil innovetur* lo reza con la literatura. Si en arte no hubiera

renovación, habría anquilosis, deformación, estancamiento y caducidad. Supuesta, pues, la acción laudable de reformar, se sobreentiende la penosa de preterir, de mutilar, de sacrificar.

No por eso vayan a figurarse los barroqueros que tienen opción al título de reformadores, por el hecho de que a *nativitate* hayan sido desafortunados caricaturistas del idioma. Eso no; que para lograr tan codiciada categoría, sólo pueden ostentar, *nemine discrepante*, una sola ejecutoria: la de demoleedores del estilo y escarnecedores del buen gusto. ¿Y lo demás? ¡Pues ahí es nada lo que les falta! Claro que ellos no parece que se den cuenta de todo lo que les falta, cuando dicen tan orondos y sin inmutarse: «Contribuímos al esplendor de las letras patrias». ¡Así, sin andarse con aprensiones ni tiquis miquis... «Aramos, dijo la mosca, y estaba en el cuerno del buey»; pero aquélla por lo menos estaba en el cuerno, pero éstos ni eso, por más que los he mandado, aunque sea indirectamente, a esa Arcadia barroquista.

OBRAS DEL AUTOR

- Costumbres de Méjico.** (Agotada).
Muestras literarias. (Prosa y versos).
Pro Justitia et veritate. (Réplica al Ilustrísimo Sr. Obispo Carrillo y Salazar sobre cuestiones de Modernismo. Agotada).
Oración Fúnebre de Ruben Darío, pronunciada ante su tumba. (Agotada).
Crimen de Alejandría. (Defensa del protagonista del célebre asesinato. (Agotada).

EN PREPARACIÓN

- Ráfagas.** (Poesías y cuentos).
Sobre el yunque. (Artículos y discursos).
Hacia la cumbre. (Novela).
Los desorbitados. Drama en tres actos.
(En vías de estreno).



Handwritten signature in red ink, possibly reading "John Smith" or similar, written diagonally across the page.